

CLARK CARRADOS

De pronto, notó un leve roce en uno de los tobillos. Alzó la cabeza. Una cosa oscura, cilíndrica, reptaba hacia él, enroscándose como una serpiente en su pierna derecha.

Otra cuerda subió y pasó por encima de su cintura. La arrojó lejos de un manotazo. Luego saltó al suelo, pero, de pronto, la liana que tenía enroscada en la pierna tiró de él y le hizo caer de bruces.

Forcejeó con la segunda de las lianas, que buscaba su cintura. Haciendo, un terrible esfuerzo, consiguió ponerse en pie.

Una tercera serpiente avanzó hacia él, oscilando espantosamente en el aire. Quería llegar a la cocina, a alguna parte donde encontrase un arma cortante, pero las enredaderas gigantizadas se lo impidieron.

De pronto, sintió un terrible tirón y cayó de espaldas. Una liana buscó su cuello. Agarrándola con ambas manos, se esforzó por partirla en dos, sin conseguirlo.

Otra serpiente vegetal se enroscó en torno a su muslo izquierdo. Se sentía desesperado, dándose cuenta de que su derrota era cuestión de minutos.



Clark Carrados

Las plantas asesinas

Bolsilibros: Selección Terror - 163

ePub r1.0

xico_weno 20.11.16

Título original: *Las plantas asesinas*
Clark Carrados, 1976
Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El señor Howard T. Rigglin se sentía de un humor pésimo en aquellos momentos, sentado ante la mesa de su gabinete particular, sobre la cual había un enorme montón de facturas, que hablaban con elocuente silencio del desprecio que sentía su esposa por el dinero.

Para el señor Rigglin, la señora Rigglin no tenía la menor idea de lo que costaba ganarse un dólar. Claro que había muchas formas de ganar dinero, pensó Rigglin; pero, para su esposa, el dinero que a él le costaba tantos sudores ganar no tenía la menor importancia.

Lo que importaban eran las pieles, las joyas, los vestidos caros, los perfumes…

—Y un coche nuevo —rugió, estremeciéndose de ira al pensar que el anterior comprado por su esposa no tenía siquiera seis meses de vida.

Todas las ganancias de su último negocio se le iban a ir en aquel puñado de facturas… Bueno, todas no, porque había sido un negocio de pingües rendimientos, pero…

—Tendré que poner coto a este derroche —gruñó, mientras se disponía a encender un costoso habano.

La mesa a la cual estaba sentado el señor Rigglin se hallaba situada en un ángulo. A su derecha quedaba el amplio ventanal que daba a la terraza, adornada con abundantes plantas decorativas. Al señor Rigglin las plantas le importaban muy poco, como no fuesen de las comestibles, y aun así, sus preferencias alimenticias iban más bien por los filetes sangrantes. Por eso no prestó atención a una factura más bien módica, en la que se incluía una planta ornamental, con su maceta, de enormes dimensiones, y un par de latas de alimento especial. Era una fruslería, de apenas cincuenta o sesenta dólares. No valía la pena ocuparse de aquella factura, muy

antigua, por otra parte, de cifras irrisorias comparadas con las de otras que tenía al alcance de sus manos.

Ocupado en repasar las facturas, el señor Rigglin no se dio cuenta de que algo reptaba por el suelo y que ascendía por el respaldo del sillón con un silencio absoluto, hasta que, de súbito, notó una especie de brazo frío, delgado y húmedo, que se le enroscaba en el cuello.

En el mismo momento sonó el teléfono. Las dos Sensaciones fueron casi simultáneas. Rigglin alargó la mano y levantó el auricular.

—Diga —gruñó, justo cuando el tentáculo delgado, frío y húmedo se enrollaba en torno a su garganta.

—Señor Rigglin, no se alarme. Eso que le rodea el cuello no es mortal. Pero puede serlo.

Rigglin se quedó helado de terror. El tentáculo acababa de formar el lazo.

—¿Qué… qué está di… diciendo?… —tartamudeó.

—No se alarme, insisto —dijo la voz, de tonos insidiosos, que llegaban a sus tímpanos a través del auricular—. Eso que le pasa no es mortal. Aunque puede llegar a serlo, si no me paga usted cincuenta mil dólares.

—Cincuenta… Oiga, usted está loco…

Rigglin intentó volver la cabeza, pero el tentáculo apretó de pronto y se quedó quieto.

Sentíase invadido por un terror espantoso. Con la mano libre tocó aquella cosa y pudo advertir que era de forma aproximadamente cilíndrica y del grosor de una cuerda corriente. Al volver los ojos un poco, vio que había algunas hojas en la parte en que el tentáculo tocaba en el suelo.

—Sí, cincuenta mil dólares —repitió la voz—. ¿O prefiere morir estrangulado?

El tentáculo vegetal apretó una vez más. Rigglin se dio cuenta de que la cosa iba en serio y lanzó un chillido.

—Oiga, por lo que más quiera…, quíteme esta cosa tan horrible… —gimió.

Por un momento, Rigglin pensó que estaba, bajo los influjos de una horrenda pesadilla. Pero el frío y húmedo contacto del tentáculo con la piel desnuda de su cuello le disuadió bien pronto

de aquel pensamiento.

—Es muy sencillo, amigo Howard —dijo la voz, con acentos suaves y melosos—. Bastará con que escriba y firme un cheque por esa cantidad y lo envíe a un apartado de correos que yo le indicaré. Ah, por supuesto, no se le ocurra siquiera avisar a la policía. ¿Le gustaría una investigación sobre el negocio de la Flatterbury
Work & Building?
Ha sacado usted un beneficio, ilegal, por supuesto, de más de cuatrocientos mil dólares… Estallaría un escándalo terrible y usted acabaría en la cárcel y arruinado… De modo que le dejó un beneficio de trescientos cincuenta mil…, a cambio de la vida y la tranquilidad, ¿entendido?

Rigglin lanzó un gemido. No podía comprender cómo aquel misterioso individuo se había enterado del asunto de la Flatterbury. Tampoco sabía cómo movía aquella cuerda vegetal. Tal vez un mecanismo muy bien ideado… «Los criminales de hoy día son cada vez más ingeniosos», pensó, amargamente.

Incluso le hablaba desde un teléfono privado, conectado a la línea de su casa, de modo que no lo pudiera localizar en un domicilio particular.

La cuerda vegetal pegó un fuerte apretón. Rigglin lanzó un chillido, todavía con el teléfono en la mano.

—¡Basta, basta! —se rindió—. Firmaré el cheque…

—Envíelo al apartado postal cuatrocientos diez de Paddleton, y no se le ocurra avisar a la policía ni mucho menos dar contraorden a su Banco. Si desobedece estas indicaciones, la policía recibiría un sobre conteniendo todos los detalles referentes a la Flatterbury
Work & Building.
¿Entendido? ¡Vamos, escriba ya!

—Sí, ahora mismo…

—Pero no cuelgue; puede escribir perfectamente con la mano derecha.

Rigglin hizo lo que le decían.

—Muy bien. Ahora, el sobre.

—Ya está —dijo Rigglin, instantes después.

—Escúcheme bien. Ya conoce todos los detalles. No avise a la policía, no cancele el cheque ni dé contraorden a su Banco. A cien pasos de su casa, junto a la acera, hay un buzón de Correos. Vaya

ahora mismo a echar la carta.

—Pero no tengo sello…

—Eso no le debe preocupar. Yo pagaré el franqueo. Y ahora, señor Rigglin, en marcha.

La cuerda vegetal retrocedió rápidamente, perdiéndose de nuevo en la terraza. Rigglin, sudando a chorros, se puso en pie.

El teléfono sonó de nuevo. Rigglin lo levantó maquinalmente.

Alguien lanzó una ruidosa carcajada.

—No se le ocurra mencionar la planta —dijo el mismo desconocido—. Porque, ¿quién creería esa absurda historia?

Sonó un «click». Rigglin dejó el teléfono sobre la horquilla. Se asomó un poco a la terraza, pero retrocedió de pronto, como si hubiera visto al mismísimo demonio.

Su esposa estaba sentada en el salón, con una revista en las manos y una copa al alcance, en la mesita cercana.

—¿Sales, Howard? —dijo, sin mirarle siquiera.

Rigglin lanzó un bufido. Entre su esposa y el misterioso chantajista le habían arruinado más de la mitad de los beneficios obtenidos en el último asunto.

Al chantajista no podría hacerle nada, pero a su esposa… Vaya si le cantaría las verdades, apenas regresara de echar la carta en el buzón.

* * *

—Tienes una casa muy bonita —dijo el hombre.

La mujer rió.

—¿Verdad que sí, Ricky?

Rickson J. Thames paseó la vista por el interior de la vivienda. Un gran salón, amplio y confortable, con una chimenea espaciosa, junto a la cual se veían algunos leños dispuestos para el próximo invierno… Incluso había un hacha para reducir los troncos de tamaño en el jardín contiguo.

Olga Minwick se volvió de pronto hacia su invitado y se colgó de su cuello. Thames se autoconfesó que no había recibido un beso tan volcánico como él que Olga le daba en aquellos momentos, el cuerpo de firmes curvas estrechamente pegado al suyo y los brazos enroscados en su cuello como lianas tropicales en torno al tronco de un árbol.

Al cabo de unos segundos, Olga se separó de él, con los ojos brillantes y la respiración entrecortada.

—Volveré enseguida, querido —prometió.

Thames asintió sonriendo. El gran ventanal que daba al jardín estaba cerrado y lo abrió en parte, aunque dejando las cortinas corridas. De todos modos, el enorme diván que formaba parte de la decoración quedaba lejos del ventanal.

Olga había desaparecido al otro lado de una puerta situada en la pared opuesta. Regresó momentos después, ataviada con un espectacular salto de cama de color negro. El pelo, brillante y sedoso, caía suelto sobre los hombros.

—Ricky, creí que habrías preparado una copa —se quejó Olga.

—Oh, lo siento; no soy muy aficionado a la bebida…

Había un bar en una esquina del salón. Thames se encaminó hacia él en el mismo instante en que sonaba el teléfono.

—Silencio, Ricky —aconsejó Olga.

Thames hizo un gesto con la mano. Ella alzó el teléfono y oyó una voz de dulces acentos:

—Señora Minwick…

—Sí, yo soy —contestó Olga—. ¿Quién es usted?

—Aguarde un momento. Tengo que decirle una cosa… Sí, eso es: treinta mil dólares.

—¿Cómo? —Respingó la mujer.

—He dicho treinta mil dólares y ni un centavo menos, señora. ¿No sabe darse cuenta de la fuerza con que apoyo mi petición?

En el mismo instante, Olga lanzó un terrible chillido.

Thames estaba junto al bar, llenando las copas. El grito le hizo volverse.

Durante unos segundos se sintió aterrado. El largo tentáculo verdoso que entraba en la sala, por el hueco del ventanal, había ascendido por la espalda de Olga, enrollándose en su cuello. Ella lo agarró con una mano, pero la voz del teléfono dijo:

—¡No toque eso o morirá!

Los ojos de Olga miraron implorantemente a su invitado. El tentáculo vegetal apretaba su garganta con cierta fuerza, aunque sin impedirle la respiración por completo.

—Tiene que darme treinta mil dólares y yo le diré cómo debe hacerlo —ordenó el desconocido.

De pronto, Thames reaccionó y saltó hacia adelante.

El hacha que estaba en la leñera pasó a sus manos. Un segundo después, se oía un golpe seco. El tentáculo se aflojó inmediatamente y cayó al suelo, aunque retorciéndose como una serpiente agonizante.

Olga dejó el teléfono en su sitio maquinalmente. De pronto, cerró los ojos y se desplomó sin sentido.

Thames la recogió y la llevó al diván. Luego se acercó a la liana, cuyos movimientos eran cada vez menores.

Aquella cuerda vegetal tenía el grosor de un dedo índice. Era extraño, se dijo, que hubiese gente con el capricho de cultivar plantas tan extrañas en un jardín privado.

Tal vez era una planta carnívora.

—Demonios, vaya unos gustos que tiene esta mujer —rezongó.

En realidad, su conocimiento de Olga Minwick era muy superficial. Se habían encontrado un par de veces en el bar de una estación de servicio, en la que él acostumbraba a aprovisionarse regularmente. Aquella tarde, Olga había aparecido por el bar y le había invitado a tomar unas copas en su casa. Ella era muy guapa y a Thames no le desagradaba una aventurilla de cuando en cuando.

Pero, en realidad, no sabía más de la mujer, ni siquiera se había imaginado que ella viviera en una residencia tan lujosa.

Olga abrió los ojos al fin.

—Dios mío… Esa liana…

—Ya la he cortado, no te preocupes —dijo él—. Toma esta copa.

Olga se sentó en el diván y bebió a grandes tragos.

—Ese hombre me pidió treinta mil dólares, Ricky —declaró.

—¿Quién era?

—No lo sé —respondió ella—. No tengo la menor idea de quién pueda tratarse.

—Estás casada, ¿verdad?

Olga hizo un gesto de asentimiento.

—Mi marido anda ahora en viaje de negocios por el Japón… Yo me sentía muy aburrida… —dijo.

Sí, resultaba lógico. Olga era joven, menos de treinta años, y de sangre ardiente. Los maridos con negocios, sobre todo de envergadura, solían descuidar mucho a sus esposas.

—Debe tratarse de un chantajista —dijo—. No te preocupes de

él ni cedas. En el peor de los casos, sé franca y cuéntale todo a tu marido. Él sabrá comprenderte, Olga.

—Es muy celoso, Ricky —dijo ella, haciendo pucheros.

Thames maldijo para sus adentros. «Lo que me faltaba, un marido celoso», pensó.

—Bueno, tú sabes mejor que nadie lo que debes hacer —sonrió —. Pero si pagas una vez, pagarás toda tu vida. Un chantajista es siempre un saco sin fondo… A propósito, ¿de dónde diablos has sacado esa especie de liana viviente?

—Compré semillas en una tienda de flores… Enredadera gigante, decía el sobre… Luego recibí por correo una lata de abono especial, gratuitamente, como una cortesía de la tienda…

—Voy a darte un consejo —dijo él—. Llama a un jardinero experto y dile que arranque y queme esa planta.

—Sí, Ricky.

—Adiós, preciosa; celebro que no haya sido nada.

Olga se puso en pie.

—Pero, Ricky, ¿cómo puedes irte…?

Thames estaba ya en la puerta y se volvió sonriendo.

—Hay dos animales especialmente peligrosos —dijo—. La tigresa a la que se le pretenden quitar los cachorros… y un marido celoso. Nunca me enfrentaré con el primer animal, y en cuanto al segundo, bien, siempre procuro que no me eche la zarpa encima.

—¡Pero está en el Japón, Ricky!

Aunque hubiera estado en las antípodas y supiese que el señor Minwick no iba a volver en un año, Ricky no se habría quedado en aquella casa un segundo más. No huía por miedo. Se alejaba de aquella mujer porque tenía conciencia de lo que era lícito y de lo que no lo era.

CAPÍTULO II

Los ojos de Rickson Thames despidieron chispitas de alegría al ver a la muchacha que caminaba por la acera en sentido contrario al suyo.

—¿Estoy soñando o es Carol Beryl McOrrin esta preciosidad que tengo aquí delante? —exclamó, a la vez que se apoderaba de su mano derecha.

Ella le reconoció y lanzó una exclamación de alegría.

—¡Ricky Thames! ¡Qué sorpresa tan estupenda! ¿De dónde sales?

—¿Y tú? Hace tiempo que no te veía…

—Estuve en el desierto de Arizona, estudiando los cactus. Tengo que hacer una tesis para presentarla y conseguir mi diploma de botánico.

—¡Atiza! Eso sí que es gordo…

—Me gusta la botánica, por si no lo sabías, pero no voy a ser una romántica, Ricky.

—¿Cómo?

—Imagínate el rótulo de mi tienda: «Flores. Carol McOrrin, diplomada en botánica». Y he estado un año en el Japón, estudiando jardinería. Será un éxito fenomenal, te lo aseguro.

Thames se sentía embobado ante aquella muchacha tan emprendedora, de hermosa silueta, ojos pardos y reluciente cabello castaño que, pese a sus aficiones, sabía vestir con notoria elegancia.

—Será un éxito y yo iré muchas veces a encargarte ramos de flores —dijo.

—Para tus numerosas conquistas, ¿verdad?

—A veces soy yo el conquistado, Carol.

—Y te dejas.

—Me resigno.

Rieron juntos. Luego él le propuso tomar una taza de café en un bar cercano.

—No, lo siento; tengo que asistir a una conferencia. El doctor Brareton disertará sobre la sensibilidad de los vegetales —contestó Carol.

Thames se pegó una palmada en la frente.

—Yo me moriría de aburrimiento —exclamó.

—Lo mismo me pasaría a mí, si tuviera que estudiar uno de tus plúmbeos informes legales. ¿Cuándo llegarás a fiscal?

—No me interesa. Prefiero mi bufete, en plan privado. Es más interesante y menos atado.

—Sí, tal vez tengas razón. Pero, además, creo recordar que escribías.

—Y sigo haciéndolo. Tengo una obra a punto de acabar… Bueno, Carol, no quiero entretenerte. ¿Has venido a quedarte?

—Sí, Ricky.

—Te llamaré otro rato.

—Cuando quieras.

Thames se volvió para ver alejarse a la muchacha. Carol le había agradado siempre, aunque en los últimos tiempos sus vidas habían tomado rutas divergentes. Ni siquiera se había acordado de ella hasta el momento del encuentro.

—Botánico —murmuró—. La verdad es que hay chiflados…

Reanudó su camino silbando alegremente. Había terminado ya su jornada de trabajo y alguien le esperaba.

Esta vez se había asegurado previamente, no había marido celoso.

Ella era agradablemente viuda.

* * *

La mujer dormía con sueño apacible, el brazo derecho desnudo fuera del embozo de las sábanas. Por la ventana entreabierta penetraban los efluvios del jardín cercano.

Algo se arrastró lentamente por el antepecho y el suelo y llegó a la cama. Luego, la cuerda vegetal se enroscó en torno al cuello de Olga Minwick.

La mujer despertó en el acto, terriblemente sobresaltada. Quiso gritar, pero aquel tentáculo ya no le permitía emitir el menor grito.

De repente, Olga oyó sonar el teléfono que había en la mesilla de noche. Desesperada, alargó la mano y gritó:

—¡Policía!

—Es inútil que llame a la policía, mi querida señora Minwick. La policía vendrá, en efecto, pero cuando usted haya muerto. ¡Buen viaje al infierno! —dijo la voz que ella ya había oído días antes.

En aquel momento, la liana apretó, apretó, apretó…

Olga pataleó espantosamente. Sus uñas arañaron la garganta de nieve, en un frenético esfuerzo por librarse del dogal que la estrangulaba.

Pero todo resultó inútil. Poco a poco, sus movimientos fueron haciéndose más lentos, hasta cesar del todo.

A los pocos momentos, la liana perdió el color verdoso y adquirió un tono rojizo, que luego se hizo ceniciento. Minutos después sólo quedaba un poco de polvo apestoso en el lugar que había ocupado el tentáculo vegetal.

Al cabo de un rato entró una ráfaga de viento por la ventana abierta y disipó la mayor parte del polvo.

* * *

Thames leía la noticia de la misteriosa muerte de Olga Minwick, al mismo tiempo que consumía una hamburguesa y una botella de cerveza en el bar en el que solía almorzar. De pronto sintió que le daban una palmada en el hombro.

—Hola, leguleyo —sonó una fresca voz femenina—. ¿Me invitas?

Thames se volvió en el acto.

—A langosta y champaña, si lo deseas —contestó.

Carol se sentó desenvueltamente en el taburete contiguo.

—No intentes conquistarme, tipo fresco —dijo. Encargó una taza de café y añadió—: Yo no soy de las que caen fácilmente en una habitación con luz indirecta, después de un par de copas.

—Ah, ¿tienes experiencia sobre el particular?

—Sí, en un par de ocasiones. Pero tengo muy buena vista, Ricky.

—Que Dios te la conserve. A propósito. ¿Qué tal la conferencia del…? ¿Cómo dijiste que se llamaba ese chiflado?

—Brareton, y es un botánico de primera magnitud, Ricky.

—Cuando sea rico, le contrataré para que cuide de mi jardín.

¿Qué dijo el profesor, Carol?

—Ha prometido editar un folleto con el texto de su conferencia. En multicopista, claro, una cosa para los iniciados…

—A mí me gustaría leer ese texto.

Ella le miró sorprendida por encima de su taza de café.

—¡Ricky! No me digas que ahora te interesas por la botánica —exclamó.

—Preciosa, ¿es cierto que tienen sensibilidad las plantas?

—Bueno, según las teorías de Brareton, sí. Nos hizo demostraciones con un aparato especial que él ha construido… Francamente, resultó maravilloso, aunque algunos lo calificaron de alucinante.

—¿Por qué, Beryl?

—Ricky, no te rías de mí. Oímos «chillar» a una planta cuando él se disponía a cortarla con las tijeras.

Thames abrió la boca.

—Si no te conociera, diría que estás loca, Beryl —exclamó.

—¿Estamos locos todos los que asistimos a la conferencia? Éramos casi cien, Ricky. Muchos, ciertamente, eran ociosos que no tenían otra cosa que hacer; pero en gran parte había muchos especialistas y hasta biólogos. Fue una demostración sensacional, créeme.

—Es decir, las plantas tienen sensibilidad.

—Sí.

Thames cerró los ojos y sacudió la cabeza varias veces.

—Las cosas que se aprenden hoy día —murmuró—. Beryl, ¿no quieres nada más que café? —preguntó de súbito.

—No, no me apetece…

—Ah, temes por tu línea…

—Ricky, si en estos momentos tuviera hambre, me comería una pata de elefante en su jugo, con patatas y cebollas tiernas. De todos modos, gracias por tu solicitud.

—Me considero un buen amigo tuyo. —Thames dejó unas monedas sobre el mostrador—. Y ahora permíteme, pero tengo que ir a Paddleton.

Beryl le miró recelosamente.

—¿Cuál es la beldad que te aguarda? —preguntó.

—Tiene cuarenta y tantos años, una cintura de metro veinte y

usa un bigote de granadero. Además, lleva una estrella en el lado izquierdo del pecho.

—Esa descripción parece corresponder a Sam Maitler, jefe de policía.

—Sí, justamente.

—¿Qué te ocurre, Ricky? ¿Problemas con la ley?

Thames le entregó el periódico.

—Léelo y te enterarás —contestó.

* * *

Sam Maitler miró con cierto recelo a su visitante, recelo que se había alimentado considerablemente, después de haber escuchado lo que Thames tenía que declarar. Cuando el visitante terminó, Maitler dijo:

—Abogado, ¿espera que me crea esa fábula?

—Sé que parece algo fantástico, pero le aseguro que hablo completamente en serio. Aquella liana estaba a punto de ahogar a la señora Minwick…

—¿Cómo lo vio usted?

Thames sonrió de mala gana.

—Le agradecería mucho no divulgase esta información, sobre todo porque podría enterarse el esposo de la víctima —dijo—. La señora Minwick me invitó a su casa a tomar unas copas…

—Era joven, guapa y de sangre ardiente, en efecto —reconoció Maitler, pensativamente—. No es usted el primero a quien invitó, en ausencia de su esposo. Pero esa liana…

—¿Han examinado el jardín, jefe Maitler?

—¿Por qué habríamos de hacerlo? ¡Estamos buscando a un asesino, no a un vegetal, abogado!

—He leído el *Journal*. Dice que encontraron ustedes algo de polvo de procedencia desconocida.

—Sí, es cierto. Los primeros exámenes hablan de polvo vegetal, posiblemente, algún hongo desecado, pero eso es todo. Lo cierto es que un hombre estranguló a la señora Minwick, empleando para cometer su crimen una cuerda delgada, forrada de tela o algo por el estilo, lo que impidió que las marcas del cáñamo quedasen impresas en la piel del cuello.

—Fue una liana, jefe.

Maitler tocó un timbre. La puerta del despacho se abrió casi en el acto.

—Sargento Miller, acompañe al abogado Thames —dijo Maitler—. Ya se iba.

—Sí, señor.

Thames se puso en pie.

—Voy a darle un consejo gratuito, jefe —manifestó, con una punta de ironía—. Envíe una muestra de ese polvo de hongo desecado al profesor Brareton.

—Buenos días, señor Thames —respondió el policía, impasible.

Thames salió a la calle y contempló el panorama circundante. Paddleton era un suburbio residencial, donde vivía gente con mucho dinero, la clase de personas que podían evadirse de las aglomeraciones de la urbe cercana.

Tratábase de un municipio independiente, con su propia policía y servicios asimismo independientes. Vivir en Paddleton costaba caro, ciertamente, aunque compensaba de sobra.

De pronto, se le ocurrió una idea, aunque antes de ponerla en práctica, se dijo, era preciso regresar a la gran ciudad cercana.

* * *

La cuerda vegetal reptó con insidioso silencio, ascendió por el sillón y se enroscó tan súbitamente en el cuello del hombre sentado ante la mesa que éste no tuvo tiempo de hacer nada.

Un par de segundos antes había llamado el teléfono. Burl Feare acababa apenas de pronunciar su nombre, cuando sintió el frío contacto de la liana.

—No haga nada, señor Feare, no grite, no pida socorro o todo será inútil —dijo su desconocido interlocutor—. Permanezca quieto como está y todo irá mejor para los dos.

La mano derecha de Feare subió hasta la helada soga que le ceñía apretadamente el cuello.

—Pe… pero…, ¿quién es usted…? ¿Qué es lo que quiere?

—¿Recuerda a la señora Minwick?

—Sí, sí… Un ladrón la estranguló…

—No fue un ladrón, sino una liana como la que tiene usted en estos momentos alrededor del cuello. Y, para que vea que no miento, fíjese bien:

La soga apretó con fuerza durante un par de segundos. Feare pateó espantosamente, invadido por un insuperable terror pánico.

Pero la presión de la soga cesó casi de inmediato.

—He hecho esto para que se dé cuenta de lo que soy capaz —dijo la voz—. No se olvide de la señora Minwick y tenga presente que si menciona el menor detalle de esto a la policía o a cualquiera de sus amistades, tarde o temprano morirá estrangulado. ¿Lo ha comprendido, señor Feare?

—Sí, sí, entiendo… —respondió el dueño de la casa, con los ojos vueltos agónicamente hacia la larga liana que partía de su cuello y, que, tras arrastrarse por el suelo, desaparecía en la terraza.

—Otra cosa; no se le ocurra destruir esta planta. Yo lo sabría de inmediato y tarde o temprano, pero más bien temprano y sin que usted lo advirtiese, una nueva liana acabaría con su vida. Quede esto bien claro, señor Feare, y piense que los cien mil dólares que va a entregarme son una fruslería comparados con su propia existencia.

—¿Ci… cien… cien mil dólares? —gimió Feare.

—Ni un centavo menos —corroboró la voz, sin abandonar su tono melifluo, pero, al mismo tiempo, con un énfasis que excluía toda discusión sobre la cifra recién mencionada.

CAPÍTULO III

Beryl parpadeó cuando el visitante hubo expuesto sus pretensiones.

—Pero, Ricky, yo no sé si debo…

—Preciosa, ya te he contado todo lo que sucedió aquella tarde en casa de la señora Minwick. El desconocido le pidió treinta mil dólares.

—Pero ¿por qué?

—¡Y yo qué sé, Beryl! —Contestó Thames un tanto malhumoradamente—. Se trataba de un chantajista, seguro. Aunque esté mal hablar así de una muerta, Olga era bastante ligera de cascos. El que le pidió los treinta mil «pavos», debía de poseer algún secreto suyo, con pruebas, naturalmente, por lo que le exigió esa suma para no divulgar tal secreto.

—Muy bien —dijo Beryl—. Admitamos lo del chantajista. Pero ¿qué tiene eso que ver con la liana que se enroscó en el cuello de Olga Minwick?

—Está claro, preciosa. Ella no pagó y el chantajista la estranguló con otra liana. Recuerda que yo corté la primera de un hachazo.

Beryl abrió unos ojos como platos.

—Ricky, ¿esperas que yo me crea semejante fábula?

—Pero ¿no eres tú la que me dijo que las plantas «sienten» como los seres vivos?

—Una planta es un ser vivo, Ricky.

—Beryl, será mejor que nos dejemos de discusiones semánticas. Todo lo que te pido es que vengas conmigo al jardín de la señora Minwick y que examines la planta que estuvo a punto de estrangularla. También quiero que tomes, si te es posible algunas muestras del polvo que la policía encontró en la habitación donde ella murió. Luego, analizarás ese polvo…

—Ricky, ¿por qué te interesa tanto este asunto? —preguntó ella

—. ¿Acaso había algo entre tú y Olga?

—No, no hubo más que un par de besos…, claro que no tuvimos más tiempo, dicho sea con toda franqueza. Habíamos hablado antes dos o tres veces, en el bar de la estación de servicio a donde yo suelo ir… y era muy simpática, aparte de atractiva. Eso es todo, Beryl.

—Muy bien, pero ¿no corremos el riesgo de enfrentarnos con el viudo Minwick?

—No. Félix Minwick regresaba aquella mañana del Japón y ahora está en casa de su hermana. La suya está cerrada por el momento.

—De acuerdo —cedió Beryl con un suspiro—. Vamos allá, polizonte.

—Me siento muy intrigado, eso es todo.

Beryl se arregló rápidamente y tomó su bolso. Cuando ya estaban a punto de salir, hizo una pregunta:

—Ricky, ¿qué te dijo el jefe Maitler?

Thames emitió un bufido.

—Con toda cortesía, me dio a entender que estaba chiflado —contestó.

Ella rió suavemente, mientras movía la cabeza.

—Tú también dijiste algo parecido del profesor Brareton —le recordó sin acritud.

Momentos después, se hallaban a bordo del coche de Thames, que arrancó inmediatamente hacia una de las vías que permitían la salida de la ciudad.

Paddleton, el suburbio residencial, estaba a unos veinticinco kilómetros y llegaron a él en cosa de veinte minutos, debido al intenso tráfico existente en los accesos a la ciudad. Beryl contempló las lujosas residencias, notablemente distanciadas entre sí y todas con su correspondiente jardín, en el que no faltaba la inevitable piscina.

Muchas de tales piscinas, incluso, eran cubiertas y el agua estaba climatizada, a fin de permitir la natación durante todo el año. Había una enorme cantidad de árboles y, asimismo, abundaba la jardinería ornamental.

—Aquí sólo pueden vivir gentes con mucho dinero, Ricky —comentó Beryl, mientras observaba el panorama.

—Algún día yo tendré mi residencia en Paddleton —sonrió él.

Era ya de noche. Las anchurosas calles del suburbio estaban alumbradas por farolas de agradable diseño y luz discreta. La circulación era mínima, dado que la inmensa mayoría de los residentes se hallaban ya en sus casas.

—Da gusto un lugar como éste —dijo Beryl—. Nada de bares ni locales ruidosos…

—Están prohibidos por las ordenanzas municipales. Hace algunos años, un tipo emprendedor compró terrenos, los urbanizó y creó un municipio independiente, que dictó unas reglas muy estrictas. Por supuesto, hay un pequeño centro comercial, servicio de Correos y Telégrafos…, pero todo está en una manzana aparte, lo mismo que la jefatura de policía. Y, créeme, cuando atrapan a un ladrón, que las tentaciones son muy grandes, no se muestran demasiado compasivos con él. El juez de Paddleton tiene una mano muy dura.

—En resumen, los paddletonianos compran su tranquilidad a peso de oro.

—Así es, guapa.

De pronto, Thames hizo virar el automóvil hacia la derecha. Momentos después, se detenía en la parte trasera de una lujosa residencia.

—Ya hemos llegado —anunció, a la vez que cortaba el contacto y apagaba las luces del vehículo.

Beryl se apeó. Thames echó a andar resueltamente y salvó la pequeña valla que circundaba el jardín. Ella le siguió, en una oscuridad casi absoluta.

Thames se detuvo ante una terraza, situada a un par de palmos del suelo del jardín.

—La enredadera gigante vino de…

Beryl observó que el joven callaba súbitamente, suspendiendo al mismo tiempo el movimiento del brazo, con el que pretendía señalar algo. Estudió el rostro de su acompañante y sólo vio en él sorpresa y asombro.

—¡Mira, Beryl! —exclamó Thames.

Había llevado consigo una pequeña linterna y enfocó un punto del suelo, en el que se notaban señales de una pala o herramienta similar. La tierra había sido alisada apresuradamente, pero

claramente podía verse que una planta había sido desarraigada y transportada después muy lejos de aquel lugar.

—Ricky, ¿estás seguro de que era aquí? —inquirió ella.

—Totalmente —dijo Thames, enfático—. Cuando dejé a Olga me asomé un poco, por curiosidad, y vi la enredadera. Beryl, me creerás o no, pero jamás había visto nada semejante. Hasta sentí un poco de miedo, te lo aseguro.

—Pero ahora no hay nada, Ricky.

Thames se mordió los labios.

—Será mejor que entremos en la casa —propuso.

—¿Sin permiso del dueño? Podría costamos muy caro, Ricky; tú mismo has dicho que las autoridades de Paddleton…

—Beryl, si tienes miedo, vuelve al coche. No te reprocharé nada, estás en tu derecho.

—Bueno, si acabo en la cárcel, un día tendré una experiencia que contar a mis nietos.

—No sabía que estuvieras a punto de casarte —dijo él, sorprendido.

—Oh, no, en absoluto, ni siquiera estoy prometida. Pero algún día me casaré, ¿no te parece?

—Con esa cara y ese tipo —suspiró Thames—, lo extraño es que continúes soltera.

Beryl rió suavemente. Avanzaron hacia la casa. Thames tanteó la puerta corredera del ventanal, haciéndola deslizarse a un lado. Luego, con la ayuda de la linterna, buscaron en el dormitorio donde había muerto Olga.

La búsqueda duró largo rato. Al fin, Thames pudo conseguir tina pulgada de un polvo grisáceo, que depositó en un sobre que había llevado prevenido al efecto.

—Ya está —dijo.

—Vámonos —murmuró Beryl—. Empiezo a ponerme nerviosa.

Thames asintió. Poco después, se hallaban nuevamente en el interior del automóvil. Thames guió por otra ruta, que les llevó a una anchurosa calle, de Paddleton, de trazado serpenteante y que conducía, por la parte de la pendiente, a la cima de una distante colina.

—¡Caramba! —exclamó Beryl de pronto—. Éste es el camino que conduce a la residencia del profesor Brareton.

—¿Cómo lo sabes? —se extrañó Thames.

—Hablé con él después de la conferencia y me invitó a visitar su laboratorio de Botánica y su jardín. Brareton ha conseguido casi una selva tropical en sus terrenos.

—Resulta lógico, tratándose de un hombre aficionado a la Botánica.

—¡Ricky! —Protestó la muchacha con gran vehemencia—. Brareton no es un «aficionado». Se trata de una eminencia…

—Bueno, bueno, pero es una eminencia, porque le tiene afición a las plantas, ¿no?

—Hay muchos que son aficionados a la Botánica y jamás serán una eminencia en este campo científico.

Thames se echó a reír. Luego, de pronto, se puso serio.

—Me gustaría saber quien se llevó el raigón de la enredadera gigante —murmuró—. Resulta extraño, ¿no te parece?

—Todo lo que estamos haciendo es extraño, Ricky —contestó Beryl.

* * *

Dos días más tarde, Thames recibió una llamada telefónica:

—Ricky, soy Beryl. Tengo noticias para ti.

—Adelante, preciosa; soy todo oídos.

—Los análisis revelan que se trata de una enredadera gigante, ni más ni menos. ¿Te digo su nombre latino…?

—¡Horror! —Thames fingió espantarse—. Me conformo con lo que has dicho. Así que una enredadera gigante.

—Efectivamente, pero ya muerta y convertida en polvo vegetal, como, tarde o temprano, sucede con muchas especies.

—Beryl, yo creía que las hojas de los árboles, por ejemplo, se pudren en el suelo, lo mismo que las ramitas…

—Y si están mucho tiempo en un sitio seco, acaban convirtiéndose en polvo. ¿No has visto nunca un tronco viejo, reseco por los años? Lo tocas con los dedos y se te deshace en polvo.

—Eso sí es verdad. Pero ¿no has conseguido nada más?

Beryl dudó unos instantes.

—¿Por qué callas? —preguntó él.

—Es que…, he encontrado rastros de una sustancia desconocida.

Sinceramente, Ricky; yo soy botánico y no químico. Necesitaría el concurso de una persona más capacitada, compréndelo.

—Voy a sugerirte una, Beryl.

—Dime, por favor.

—Brareton.

Hubo una nueva pausa.

—Ricky, está bien, pero hoy no puedo —dijo ella al cabo—. Recuerda, yo también tengo que trabajar.

—Bueno, pero, en principio, estás conforme con mi idea.

—Claro que si…

—Oye, se me ocurre una cosa. A mí también me gustaría conocer a Brareton. ¿Te importaría que fuese contigo cuando vayas a verle?

—Oh, no, todo lo contrario. Pero en un par de días no podré…

—Avísame cuando estés lista.

—Conforme, Ricky.

Thames devolvió el teléfono a su sitio y volvió a concentrarse en los documentos que tenía sobre la mesa, relativos a un pleito bastante complicado. A media tarde, cuando ya se disponía a dar por concluida la jornada, sonó el teléfono nuevamente.

—Thames —dijo, escueto.

—Ricky, soy Ida. Necesito verte con urgencia.

Thames frunció el ceño. Hacía muy pocos días que había pasado una agradable velada con Ida Kock. Era una mujer hermosa, quien había rebasado apenas el cabo de los treinta años, pero, en aquellos momentos, no sentía el menor deseo de verla otra vez.

—Nena, estoy ocupado…

—Por favor, Ricky, no es lo que te imaginas. Ven, te lo ruego. Si es preciso, te pagaré honorarios…, pero necesito hablar contigo.

—Ida, tengo un despacho.

—Lo sé, pero no me atrevo a moverme de casa.

Thames captó una nota de miedo en la voz de la hermosa Ida Kock. Con ella no había temor de sorpresas de un marido enfurecido. Ida era viuda, joven, guapa y rica… aunque no la clase de mujer con la que él compartiría toda una existencia. Sin embargo, resultaba sumamente agradable en determinados instantes y, en cierto modo, la apreciaba sinceramente.

—De acuerdo, Ida; iré…

—Procura que no te vean. Deja el coche algo apartado de la casa y entra por la parte posterior. Estoy sola en casa; la cocinera y la doncella tienen el día completo y no vendrán hasta las ocho de la mañana.

—Está bien. Cierra todo y no abras a nadie, Ida.

—Sí, querido.

Thames colgó el teléfono y reflexionó largamente durante un buen rato. Algo le sucedía a la hermosa Ida, era evidente.

—¿Qué le hace sentir miedo? —se preguntó.

No tardaría mucho en saberlo.

CAPÍTULO IV

Esta vez, Ida no le recibió con el espectacular atavío que había usado en anteriores ocasiones. Ahora vestía un sencillo traje de color oscuro, que no era suficiente para ocultar la esplendidez de sus formas.

Realmente, era una mujer muy guapa y, Thames había tenido sobradas ocasiones de comprobarlo, experta en lides amorosas. El pelo, negro, abundante, brillaba como ala de cuervo, pero había temor en sus verdosas pupilas.

Ida le entregó una copa y le hizo tomar asiento en un mullido diván, junto a ella.

—Ricky, sé que no creerás lo que voy a contarte, que dirás, incluso, que estoy loca…, pero es que no tengo a nadie más que recurrir. Por eso te he llamado, ¿comprendes?

—Sí, aunque estimaría mucho más que te dejases de rodeos.

—Te lo diré enseguida. Me han pedido cincuenta mil dólares, bajo la amenaza de estrangularme con una enredadera gigante. Parece una fábula, ¿verdad?

Thames miró fijamente a su bella interlocutora. Ida sonrió con amargura.

—Ya sabía que no me creerías…

—No corras, por favor —cortó él suavemente—. Has dicho que te pidieron cincuenta mil dólares…

—Bajo la amenaza de una enredadera gigante. Oh, Ricky, pasé un miedo espantoso, con esa cuerda vegetal enrollada en torno a mi cuello… Te juro que no es fantasía, ni estaba bebida, ni fue una pesadilla…

—Lo sé. Es cierto, Ida.

Ella le miró, vivamente sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

Thames apuró su copa y la dejó en una mesita contigua.

—Vi un caso similar en cierta ocasión, aunque no diré su nombre, porque se trataba de una dama casada —respondió—. También a ella le pidieron dinero… Por cierto, aún no me has dicho qué motivos alega el chantajista, porque se trata de un chantajista, no tengas la menor duda.

—Ricky, sólo te lo diré a ti, porque no confío en nadie más. —El pecho de Ida se agitó con fuerza—. Ignoro cómo ha llegado a averiguarlo ese individuo, pero lo cierto es que está enterado… Aquí, en Paddleton, las gentes son muy estrictas. Hay una enorme cantidad de hipocresía, por supuesto, pero reaccionarían contra mí si se conociera la verdad…

—Ida, ¿por qué no te dejas de rodeos y hablas claro de una vez?

—Está bien. Tengo treinta y dos años. Cuando tenía veinte, me condenaron a tres de cárcel por hurto. Cumplí solamente dieciséis meses, por buena conducta. Luego entré como corista en una compañía teatral. Un año más tarde, conocí a Randy, mi difunto esposo. Nos casamos, aunque yo no quería, porque me doblaba de sobra la edad. Pero era rico y una excelente persona…, y me ofrecía seguridad, además de cariño. Fui sincera con él y no le oculté mi pasado. Randy dijo que no le importaba, ¿comprendes? ¡Pero las gentes de Paddleton no dirían lo mismo!

—Sí, me lo imagino —contestó él pensativamente—. Más de una vez he pensado yo en ganar dinero para comprarme una villa en este suburbio residencial…

—No lo hagas —aconsejó Ida—. Todo es podredumbre, sepulcros blanqueados, hipocresía… Ellos creen que el dinero lo puede todo…

—Sin embargo, tú les temes, Ida.

—¡Claro que sí, Ricky! —Admitió ella sin rebozo—. Si se divulgase mi pasado, empezarían las presiones para que abandonase la población. Acabarían por conseguirlo, sobre todo, ahora que no tengo a Randy para protegerme… y, a fin de cuentas, Paddleton me gusta y mi casa también… y no tengo por qué marcharme de aquí, si yo no quiero, ¿comprendes?

—Perfectamente —dijo Thames—. De modo que el chantajista te pidió cincuenta mil por su silencio.

—Ricky, en parte conozco estos ambientes. Un chantajista no se

conforma jamás con la primera cifra. Cuando se gasta el dinero, pide más y más y… Bien, es una especie de pulpo insaciable…

—Lo sé de sobras —rió él—. De modo que usó una enredadera gigante, Ida.

—¿Quieres verla?

Thames reflexionó unos momentos.

—Ida, será mejor que apaguemos todas las luces —dijo al cabo.

—Está bien, Ricky.

Momentos más tarde, salían a la terraza. Ida enseñó la enredadera, enorme, monstruosa, cuyas ramas flexibles se esparcían en todas direcciones, alcanzando algunas de ellas veinte y más metros de longitud.

—¿Compraste tú las semillas de la planta? —preguntó él.

—Sí. Luego, a los pocos días, recibí por correo una lata de un líquido que era, según el prospecto de instrucciones, un abono especial. Lo apliqué de acuerdo con el prospecto y ya no me preocupé de más… hasta que hace dos noches, sonó el teléfono. Levanté el aparato…, y cuando me di cuenta, tenía la enredadera en torno al cuello. Apretó un par de veces y, créeme, fue algo horrible…

—Tranquilízate —aconsejó—. ¿Hay útiles de jardinería por alguna parte?

—Sí, en aquella caseta… Tengo un jardinero que viene una vez por semana y él se cuida…

—¿Qué ha dicho de esta enredadera gigante?

—Nada importante. Sólo dijo que era un caso muy notable, que no había visto nunca una cosa igual…, pero no pareció concederle demasiado interés.

—Esta enredadera procede de una tienda de flores, has dicho.

—Sí, Gardens & Houses, en el número setecientos ochenta y cuatro de la calle Jefferson.

—Muy bien, mañana haré una visita a esa tienda. Pero ahora…

Thames fue a la caseta donde se guardaban los útiles de jardinería y eligió un hacha no demasiado grande, pero que, sin embargo, juzgó conveniente para sus fines.

Luego regresó junto a Ida y ambos volvieron a la casa. Thames sirvió dos copas.

—Quiero hacerte una pregunta, Ida —manifestó al entregarle una copa—. Sé franca, por favor.

—Sí, Ricky.

—¿Piensas pagar?

—Prefiero arrastrar las consecuencias —respondió ella—. Incluso en el caso de que, de un modo u otro, quisieran obligarme a abandonar Paddleton.

—Si lo intentan, yo sería tu abogado. Les pondría en un aprieto, créeme. Y el mundo no se acaba con los ricos de este suburbio, Ida.

Ella sonrió.

—Ahora me siento un poco mejor, Ricky —confesó.

—Lo celebro infinito. Has dicho que te negaste a pagar.

—Sí.

Thames reflexionó unos momentos.

—Yo me quedaré aquí un rato —dijo al cabo—. Luego, a la hora acostumbrada, vete a dormir. Actúa como a diario, con toda normalidad. ¿Has comprendido?

—Sí, Ricky. ¿Quieres que te prepare café?

—No sueles hacerlo a diario, a estas horas, ¿verdad?

—Por supuesto que no…

—Entonces, olvida el café. He dicho que no debes salirte de tus normas habituales, Ida.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Sospechas que el chantajista esté espiándome? —preguntó.

—Es muy probable, sino en estos momentos, tal vez más tarde. —Thames se situó en un ángulo del salón, donde no podía ser visto a menos que se estuviese en el interior de la casa—. Esperaré aquí hasta que llegue la hora de acostarte.

A las once de la noche, Ida se levantó y fue al dormitorio. Después de cepillarse el pelo, se metió en la cama y apagó la luz.

Entonces, Thames, con el hacha en la mano, se situó en una silla, junto a la puerta del dormitorio.

* * *

La luz estaba apagada. Había un ligero resplandor, procedente de un distante farol, que permitía ver los objetos a una persona con las pupilas habituadas a la oscuridad. Algo entró reptando por la ventana.

Thames se puso en pie.

—Ida —murmuró.

Ella despertó en el acto.

—No hagas ruido, no grites… —aconsejó Thames en voz baja—. Sigue donde estás y no temas.

Ida contempló con ojos llenos de terror la serpiente vegetal que se deslizaba hasta la cama. Paso a paso, Thames se acercó a la ventana.

De pronto, descargó el golpe. La liana se retorció frenéticamente en el suelo, amputada de la planta de donde había nacido. Ida, espeluznada, se tiró al suelo por el otro lado de la cama.

El resto de la liana se retiró velozmente. Thames corrió hacia la ventana y bajó el bastidor.

—Ya no hay peligro, Ida —dijo, mientras corría las cortinas.

La dueña de la casa, espantada, le miraba con ojos dilatados, todavía sentada en el suelo. Thames se acercó al resto de enredadera, cuyos movimientos eran cada vez más débiles.

—Ven, Ida —dijo, tendiéndole una mano—. Estaré contigo hasta que llegue la servidumbre. Luego me llevaré ese vegetal para que lo examine una amiga mía, competente diplomada en Botánica.

Ida aceptó la mano que le tendían y se dejó llevar hasta el comedor, donde se derrumbó en un butacón.

—Ahora sí que hace falta café —sonrió él—. Pero no te muevas; yo lo prepararé.

Dejó el hacha sobre una mesita y se encaminó a la cocina. Encendió el fuego, puso la cafetera llena y buscó el pote del café.

Pasaron unos minutos. De pronto, cuando ya hervía el agua, sonó un agudísimo chillido:

—¡Ricky!

Thames abandonó la cocina y corrió al salón. Ida, en pie, señalaba convulsa hacia el gran ventanal, cubierto enteramente por unas espesas cortinas.

—Algo quiere entrar por ahí…

Thames descorrió las cortinas. Inmediatamente, dio un paso atrás.

Varias lianas, tan gruesas como la que había cortado, golpeaban los cristales, agitándose como tentáculos de un colosal pulpo. Los golpes resonaban musicalmente, pero sus tonos resultaban

estremecedores.

De súbito, uno de los cristales saltó con enorme estrépito. Grandes fragmentos de vidrio cayeron al interior de la sala. Una de las lianas se precipitó inmediatamente por el hueco, reptando en busca de una presa.

Ida estaba inmóvil, petrificada por el terror. Thames se dio cuenta del gravísimo peligro que corrían ambos y buscó el hacha. Luego agarró una de las manos de la mujer, tirando de ella hacia la puerta.

Sonidos inarticulados brotaban de la garganta de Ida. Al salir, Thames buscó el interruptor de las luces exteriores. La terraza quedó iluminada en el acto.

—Quieta aquí, Ida —ordenó.

Inmediatamente, dio la vuelta y corrió hacia el lugar donde estaba plantada la enredadera asesina. El tronco, observó, no era más grueso que su brazo.

Lanzó el primer hachazo. Los tentáculos de la planta, ya en el interior de la casa, se replegaron apresuradamente.

—¡Corre, Ricky! —chilló Ida.

Pero Thames no hizo el menor caso. Descargó golpe tras golpe, hasta que, de pronto, el tronco quedó cortado a ras del suelo.

Uno de los tentáculos rozaba ya su hombro y cayó bruscamente, agitándose de forma siniestra. A los pocos minutos, los restos de la planta habían adquirido una total inmovilidad.

Thames se dio cuenta entonces de que sudaba copiosamente. Dejó el hacha a un lado y se acercó a Ida, quien parecía a punto de desmayarse.

—Vamos —dijo—. Vístete, pon algunas prendas en una maleta y ven conmigo. Durante unos días, te alojarás en un hotel de la ciudad.

—Sí, Ricky, lo que tú digas. ¿Crees que debo avisar a la policía?

—No serviría de nada. Esto es algo que se tiene que resolver de un modo… particular. Vamos, empieza ya a vestirte.

Ida se encaminó a su dormitorio. Antes de entrar, se volvió hacia el joven.

—No me dejes sola —rogó.

Thames sonrió comprensivamente y se acercó a la puerta. De pronto, lanzó una exclamación de sorpresa.

El trozo de liana cortado primeramente, había desaparecido. En su lugar había sólo un poco de polvo grisáceo y maloliente.

Thames salió a la terraza. El resto de la planta se había convertido igualmente en polvo.

* * *

Beryl McOrrin se sintió llena de pasmo al escuchar el relato que le hacía su visitante. Luego examinó las muestras de polvo que Thames, precavidamente, había tomado en casa de Ida Kock.

—Es la misma sustancia que encontramos en la residencia de la señora Minwick —dijo ella.

—Restos de enredadera gigante…

—*Parthenocissus quinquifolia* o enredadera de Virginia, gigantizada por un método que me resulta desconocido, Ricky —dijo Beryl.

—Bueno, un abono especial, me imagino. Ida recibió la lata de abono y el prospecto con las instrucciones, pero uno y otro fueron a parar hace tiempo a la basura. Lo que interesa saber es cómo hay alguien que consigue mover la planta a capricho.

—¿Tú crees?

—Lo vi en el caso de Olga Minwick. Anoche volví a verlo de nuevo. Era horrible, te lo aseguro.

Beryl se mordió los labios.

—Hay plantas carnívoras, que se mueven para atrapar sus presas, pero no había oído nunca nada semejante, acerca de la enredadera de Virginia —declaró—. Y dices que se convirtió en polvo…

—Toda la planta, al poco rato de haberla cortado. Pero la raíz estará allí, seguramente, y tengo las llaves de la casa y el permiso de su dueña para actuar como mejor nos convenga.

—Muy bien —dijo Beryl—. Lo mejor será que vayamos allí cuanto antes. Después, si te parece, iremos a visitar al profesor Brareton.

—Todavía no le has visto.

—Lo siento, Ricky; he tenido trabajo.

—No te preocupes. De todos modos, antes de ir a Paddleton, me gustaría hablar con el dueño de
Garden & Houses.

Es la tienda donde Ida compró las semillas de enredadera.

—Es una buena idea. Sírvete una copa mientras me cambio, Ricky —indicó la muchacha.

Un cuarto de hora más tarde, subían al coche de Thames, quien lo encaminó de inmediato a la calle Jefferson. Poco después, detuvo el vehículo y se apeó.

—La tienda está un poco más adelante —dijo Thames, como disculpándose de no haber encontrado otro sitio mejor para estacionar el vehículo.

Caminaron con paso rápido hasta encontrar el número señalado por Ida. Thames extendió el brazo.

—Aquí…

Pero se interrumpió en el acto. Los cierres metálicos del local estaban echados. Pegado a una de las puertas de persiana, había un cartelito que decía:

LOCAL PARA ALQUILAR

CAPÍTULO V

El hombre, vestido con un sobrio uniforme, salió del ascensor, portador de una gran caja cuadrada de cartón, y avanzó a lo largo del corredor alfombrado. Buscó una habitación y se detuvo ante la puerta.

Un matrimonio de edad madura pasó por su lado. El hombre uniformado esperó con aire intrascendente. La pareja entró en el ascensor y desapareció de la vista.

Entonces, el hombre abrió cautelosamente la puerta y atisbo el interior de la *suite* ocupada por Ida Kock. Escuchó unos momentos, percibiendo claramente el rumor de los grifos del baño.

Entró silenciosamente y cerró sin hacer ruido. Luego abrió con toda cautela la tapa de la caja y la dejó bajo una mesita que, si no la ocultaba por completo, al menos dificultaba la visión en los primeros momentos. Luego sacó un frasquito del bolsillo, lo destapó y vertió todo su contenido en la maceta que había en la caja. El líquido era denso, oscuro, con reflejos rojizos. Cuando el frasco quedó vacío, lo tapó de nuevo y lo volvió al bolsillo.

Inmediatamente, se quitó la gorra del uniforme, lanzándola bajo un diván. Luego se despojó de la chaqueta y le dio la vuelta. La prenda quedó convertida en una chaqueta corriente. La corbata negra fue sustituida con rapidez por una de colores discretos.

Segundos después, el hombre salió al pasillo. Los guantes que había llevado puestos todo el rato fueron a parar también a un bolsillo. Tranquilamente, sin mostrar el menor nerviosismo, buscó la escalera y descendió sin prisas a la planta baja.

Ida salió del baño a los pocos minutos. Después de secarse, envolvió su cuerpo en una bata y se sentó ante el tocador.

De pronto, notó que algo le rozaba el hombro. Volvió la cabeza.

La serpiente vegetal se enroscó en su cuerpo con increíble

rapidez.

Ida forcejeó, pataleó, se arañó el cuello en sus ansias por librarse del mortífero lazo que la estrangulaba, pero todo resultó inútil.

Minutos después, yacía en el suelo, asfixiada por la planta.

* * *

El coche se detuvo en la explanada que había ante la casa situada en lo alto de la colina y desde la que se descubría un paisaje realmente encantador. Thames admiró la frondosa vegetación que crecía en una de las laderas y que, evidentemente, pertenecía a la residencia.

—¿Qué te parece? —preguntó Beryl.

Thames movió la cabeza aprobatoriamente.

—No hay duda, el profesor Brareton tuvo un gusto exquisito al construirse aquí su residencia —contestó.

Desde lo alto de la colina se podían ver la inmensa mayoría de las villas y chalets de Paddleton. Incluso a ojo desnudo, Thames pudo distinguir la casa de Ida. Unos seiscientos metros hacia el Oeste, divisó la residencia de Olga Minwick. Una sensación de melancolía invadió su ánimo al pensar en la hermosa mujer. Su comportamiento liviano no merecía una muerte tan horrible, se dijo.

La puerta de la casa se abrió de pronto. Un hombre de cierta edad, con grandes patillas grises, apareció ante la vista de los dos jóvenes.

—¿Cómo está, Wilson? —Saludó la muchacha—. Le presento al abogado Thames. Ricky, es Wilson, el criado del profesor.

—Encantado —dijo Thames.

—Es un placer, señor. Señorita, ¿puedo servirle en algo?

—Sí. Deseamos hablar con el profesor. Es decir, si no está ocupado…

—Está en el laboratorio, señorita. Consultaré si puede recibirles —respondió el criado.

—Dígale que es urgente, por favor.

—Sí, señorita.

Wilson les hizo entrar en el *hall*, amplio y agradablemente decorado, sobre todo, con reproducciones de cuadros en los que predominaban los paisajes con árboles. Luego se acercó a un

interfono y presionó la tecla de contacto.

—¿Qué hay, Wilson? —Sonó una voz en respuesta a la llamada.

—Señor, tiene una visita. Son la señorita McOrrin y el abogado Thames. La señorita dice que es urgente…

Wilson se volvió hacia la pareja.

—Tengan la bondad de seguirme —indicó.

Momentos después, Thames y Beryl se hallaban en un enorme invernadero, lleno de plantas de todas clases, con un laboratorio independiente, separado por mamparas de vidrio. Al otro lado había un hombre vestido con una bata blanca, cuya mano se agitó amistosamente.

—Vengan —llamó el botánico.

Los dos jóvenes penetraron en el laboratorio. Brareton saludó afablemente a Thames. Luego se encaró con la muchacha.

—Creo que puedo darle una pista, Beryl —manifestó.

—Estupendo, profesor —exclamó ella, entusiasmada.

—He analizado la sustancia que me trajo usted. No cabe la menor duda; se empleó en ella mi fórmula de crecimiento rápido.

—¿Puedo saber en qué consiste esa fórmula, profesor? —intervino el joven.

Brareton le miró por encima de sus lentes.

—Las plantas necesitan alimento —contestó—. Yo descubrí una fórmula que aceleraba considerablemente su crecimiento. Por medio de ella, se podría hacer que un árbol alcanzase su altura normal en la mitad del tiempo que necesitaría en circunstancias ordinarias, incluso en una tercera parte. Pero es preciso graduar muy bien la dosis y no abusar de la fórmula.

—Eso es lo mismo que hacen las personas con la comida —sonrió Thames—. Si uno come demasiado, se indigesta.

—Y hasta puede reventar, como esa enredadera de Virginia. Claro que la palabra reventar no es exacta, pero los resultados son los mismos, esto es, catastrófico. Lateralmente, con una dosis excesiva de abono, la planta se quema.

—Profesor, la enredadera que yo vi se convirtió en polvo después de haberla cortado —dijo el joven.

—Bien, eso tiene una sencilla explicación, muchacho. Ese vegetal ha sido sometido a una dosis excesiva y repetida, además, con demasiada frecuencia. El aflujo de savia cesa en el momento de

la amputación y entonces, con la misma rapidez con que se produjo el crecimiento, incluso mayor, se produce la descomposición de la planta y su conversión en polvo.

—Es decir, una de esas enredaderas puede vivir mucho tiempo, si no se le corta la raíz.

—Bueno, mucho tiempo… Con dosis excesivas de mi fórmula, crece con grandísima rapidez, pero acaba por morir en pocos meses, acaso semanas. En cambio, con la dosis adecuada, la rapidez es casi la misma, pero su duración es la normal en esa clase de plantas.

—Entiendo, profesor. ¿Ha patentado usted o divulgado su fórmula?

—Todavía no, ya que, aunque parezca lo contrario, aún está en fase de experimentación. La he aplicado a algunos de mis árboles, pero es preciso que pasen años, antes de cortarlos y estudiar sus consecuencias en la madera. ¿De qué serviría cortar un árbol crecido en la mitad del tiempo, si luego la madera se desintegra en pocos meses? Me gusta la ornamentación en los jardines, pero estimo que es más interesante buscar la utilidad.

—Sí, eso es cierto —convino Thames.

—Y mi fórmula también puede tener aplicaciones en plantas alimenticias, como cereales y leguminosas. Pero, insisto, antes de popularizar esa fórmula, es preciso estudiar con todo detenimiento sus posibles consecuencias. No hace mucho sembré un campo con trigo, cebada, judías y otros vegetales alimenticios y espero que llegue la hora de la recolección para conocer sus posibles consecuencias.

—Sí, pero ¿quién probará el pan hecho con ese trigo? —sonrió Beryl.

—Yo, en primer lugar, aunque no debemos olvidar tampoco esos útiles animalitos conocidos como cobayas.

—Es cierto. Ahora, profesor —dijo Thames—, ¿puede explicarme algo sobre la sensibilidad de las plantas?

—Existe. Las plantas tienen sentimientos —respondió Brareton, muy serio.

* * *

Thames contempló con gran interés el curioso artefacto que había sobre una mesa y que parecía un enorme receptor de radio.

Incluso disponía de un amplificador, semejante al utilizado en los estadios de fútbol y lugares similares.

En una mesa cercana, había una maceta con flores. Brareton acercó una especie de micrófono a la planta. Con la otra mano, empuñaba unas tijeras.

De pronto, cortó una de las flores. El altavoz emitió un ligero quejido, de tonos muy agudos y lastimeros.

Thames parpadeó.

—Increíble —murmuró.

—Ya te lo dije —sonrió Beryl.

Brareton dejó la maceta a un lado y trajo otra. Con la ayuda de un pulverizador, arrojó un poco de agua sobre las rosas.

El altavoz emitió ahora unos sonidos vagamente parecidos a risitas de complacencia.

—Antes hice daño a una planta y ahora la cuido —dijo Brareton —. Mi detector registra todos sus sentimientos, irracionales, por supuesto, como los de un gato. Este maúlla irritado si se le maltrata y ronronea cuando se le acaricia.

—Siga, profesor —invitó Thames, dándose cuenta repentinamente de que tenía la boca seca.

Brareton cambió una vez más de maceta. La que trajo ahora tenía plantada una planta ornamental, con grandes hojas, de las de interiores de vivienda. El botánico utilizó ahora otro aparato, con una rejilla circular en la parte superior, como un diminuto radar.

La rejilla giró lentamente, merced a los mandos del aparato, hasta enfocar la planta. A los pocos momentos, Thames, asombrado, vio que las ramas y las hojas del vegetal se tendían hacia el detector.

—Es fabuloso —comentó—. ¿Cómo lo consigue usted, profesor?

—Bien, todo es cuestión de imágenes fuera del espectro visual, es decir, de más de siete mil angstroms, que corresponde a los rayos ultravioletas, es decir, invisibles, y ultrasonidos, en este caso de una frecuencia de veinticinco mil vibraciones por segundo. Nosotros no podemos, ver las imágenes ni percibir esos sonidos, pero la planta sí. He proyectado imágenes gratas y sonidos amables y la planta se inclina para ver y escuchar mejor. Pero vean ahora, por favor.

Minutos más tarde, la planta se inclinaba desesperadamente hacia el lado opuesto, como si quisiera escapar. Brareton conectó el

otro aparato y el altavoz lanzó una especie de chillidos de terror, que parecían emitidos por seres microscópicos.

Brareton desconectó los aparatos. La planta volvió lentamente a su posición habitual.

Había una pileta cercana, con un grifo. Thames lo abrió y bebió directamente.

—Nunca había visto nada igual —dijo momentos después—. Pero ahora me gustaría hacerle una pregunta, profesor.

—Por supuesto, muchacho —accedió Brareton amablemente.

—¿Es posible, por medio de sus aparatos, infundir sentimientos de odio a una planta?

—¿Por qué se había de hacer una cosa semejante?

—Por dinero, profesor.

Brareton movió lentamente la canosa cabeza.

—Jamás haría yo una cosa así —respondió—. Amo demasiado a las plantas para obligarlas a sentir odio hacia cualquier ser, inteligente o no.

—Muy noble por su parte, profesor, pero hay algo que también me intriga muchísimo.

—¿Sí?

—El trigo. ¿No se quejarán las espigas cuando llega el momento de la recolección?

—La planta está madura entonces, prácticamente muerta. Un manzano no se quejará cuando se le arranquen las manzanas ya en sazón.

—Comprendo, profesor. Muchas gracias por todo.

Brareton soltó una risita.

—Me imagino que todo esto que han visto les ha conturbado notablemente —dijo—. ¿Qué tal si pedimos a Wilson que nos prepare algo de café para entonarnos?

Beryl suspiró.

—Estaba a punto de pedírselo, profesor —manifestó.

* * *

—Todo esto es demasiado fantástico —dijo Thames más tarde, cuando ya rodaban por el camino de la ladera—. ¿No habrá algo de truco?

—No —contestó Beryl firmemente—. Todo lo que has visto es

auténtico, Ricky.

—Entonces, cuando llegue tu cumpleaños, te regalaré bombones. ¿Cómo enviarte un ramo de rosas, pensando en lo que habrán chillado las pobres al cortarlas del rosal?

—Bueno, hay momentos en que debe dejarse la sensibilidad de lado…

—Aquel rosal se quejó horriblemente cuando el profesor cortó una de sus rosas.

—Sí, pero…

Thames detuvo el coche súbitamente.

—¿Qué te sucede, Ricky? —se extrañó la muchacha.

Estaban a poco más de doscientos metros de la casa. Thames estudió el panorama con gran atención.

—Pensaba… —murmuró.

—¿Puedo conocer tus pensamientos? ¿O son muy privados?

—No, no son tan privados —sonrió él, a la vez que soltaba el freno—. Imagínate el proyector de imágenes invisibles y de ultrasonidos, hecho funcionar a una potencia mucho mayor. ¿No haría actuar a una enredadera de la forma en que su constructor lo deseara?

Beryl se espantó.

—¡Cielos, Ricky! El profesor Brareton es demasiado bueno para hacer una cosa semejante.

—Entonces, si no es él, ¿quién diablos lo ha hecho? Porque una cosa es segura, Beryl. Olga Minwick murió estrangulada por una enredadera. Y alguien infundió en la planta los necesarios sentimientos de odio como para llevar a cabo su macabra labor. Eso sin contar con el asalto que la enredadera de la casa de Ida Kock ejecutó delante de mis propios ojos.

—Ricky, te diré una cosa. No conozco apenas al profesor, pero estimo que él no ha sido. Está demasiado enamorado de la ciencia para mezclarse en un asunto tan repugnante, ¿comprendes?

Thames hizo un gesto escéptico, aunque no quiso comentar ya más el asunto, para no herir los sentimientos de la muchacha. Cuando llegaron a la ciudad, era ya la hora del almuerzo.

—Te invito a un bocadillo donde quieras —propuso él.

—¿Cómo está tu frigorífico? Siento cierto recelo hacia algunas clases de bocadillos…

Thames se echó a reír.

—A decir verdad, no me atrevía a invitarte a mi casa —respondió.

—Sé defenderme cuando es necesario —manifestó ella irónicamente.

—No soy un sátiro, Beryl.

—¡Hum! —dudó ella.

Poco después, entraban en la casa. Beryl se fue de inmediato a la cocina. Casi en el acto, llamaron a la puerta.

Thames abrió. El rostro del fornido individuo que estaba en el umbral le resultó vagamente conocido.

—¿Abogado Thames?

—Sí, yo mismo.

—Soy Donaldson, teniente de Homicidios. Tengo que darle una mala noticia, abogado. La señora Kock ha aparecido estrangulada en su *suite* del hotel Capitol.

CAPÍTULO VI

—¿Eres feliz?

Donaldson escuchaba atentamente, sin interrumpir a Thames ni una sola vez. Cuando el joven hubo terminado, dijo:

—Es una historia portentosa. ¿Por qué no la escribe para publicarla como libro de aventuras?

Beryl, presente en el despacho del policía, saltó de su asiento.

—Teniente, voy a darle una idea. Vaya a visitar al profesor Brareton y dígale que le enseñe sus aparatos, que le muestre su invernadero, los resultados con la sensibilidad de las plantas… Hable con él y se convencerá de que todo lo que le ha dicho el señor Thames es rigurosamente cierto.

—Pero, señorita… —se escandalizó Donaldson.

—Por cierto, teniente, ¿qué le hizo venir a buscarme? —preguntó el joven.

—Hablé con el gerente del hotel. Usted había recomendado a la señora Kock.

—Sí, es cierto —convino Thames—. Me pareció que estaría más segura allí, pero me equivoqué.

—Hemos encontrado una gorra de una falsa agencia de envíos a domicilio. Se sabe que el mensajero entró en el hotel, pero nadie le vio salir. Sospechamos que la chaqueta de uniforme era reversible. Incluso pudo haber cambiado de corbata. Si entró uniformado, salió como un cliente cualquiera y nadie reparó ya en él.

—Al menos, hubo quien se fijase en su aspecto, cuando llegó.

—Las descripciones son muy vagas. Hay quien dice que era joven, otro manifiesta que le pareció un cincuentón, un tercero dice que llevaba bigote… Estamos tratando de cotejar todas las declaraciones sobre su aspecto, para encontrar una que se ajuste lo más posible.

—Bien, en tal caso, su hipótesis, teniente, según puedo deducir, es que el falso empleado de la agencia estranguló a Ida Kock.

—Exactamente —corroboró Donaldson—. Usó una cuerda forrada, que luego se llevó, claro.

—Ha dicho que encontró una caja de cartón y una maceta que no contenía más que tierra y restos de polvo. ¿Qué más vieron sus hombres, teniente?

Donaldson se removió inquieto en el asiento.

—Yo lo vi también —rezongó.

Thames sonrió.

—Vamos, ¿por qué no lo suelta? Después de haberme escuchado, debería creer en mi historia.

El policía volvió a gruñir.

—Está bien —dijo al cabo, aunque, evidentemente, de mala gana—. Había un rastro de polvo que iba desde las inmediaciones de la puerta, hasta el lugar donde fue hallado el cadáver de la señora Kock.

—Un polvo de color gris oscuro y apestoso. Seguramente, también había señales de ese polvo en su garganta.

—Sí. Hemos enviado una muestra al laboratorio…

—No se moleste, teniente —terció Beryl—. Si quiere, yo le puedo dar el resultado del análisis ahora mismo. Apunte, por favor.

Donaldson tomó una cuartilla y un lápiz. Beryl habló durante algunos minutos. Cuando terminó, el policía dijo:

—Hablaré con el profesor Brareton para comprobar sus declaraciones, señorita. En cuanto a usted, señor Thames, dígame, por favor, ¿cuáles son, en su opinión, los motivos de la muerte de la señora Kock?

—Chantaje —respondió Thames sin titubear.

Y, a continuación, relató todo cuanto Ida le había contado. Donaldson tomó algunas notas, después de lo cual dijo a la pareja que podían marcharse.

Thames y Beryl salieron a la calle. Momentos después, se hallaban sentados en dos altos taburetes, frente a sendas tazas de café, en un bar no lejano de la jefatura de policía.

—No puedo creer que haya sido el profesor —dijo Beryl, tras una larga pausa de reflexivo silencio.

—¿Por qué no? ¿Qué sabes de él? Le has conocido muy

recientemente e ignoras todo lo relativo a su vida particular. Es posible que no sea el culpable, pero también puede serlo. La demostración que nos hizo con aquella planta ornamental resultó de una aplastante contundencia, a favor de sus ideas, claro.

—Entonces, tú crees que él puede dedicarse al chantaje…

—No lo sé, no estoy en condiciones de afirmar nada. Lo único que sé es que Olga Minwick se negó a paga# y murió. Yo aconsejé a Ida que no pagase y ahora está muerta. ¿Cuántos más han sido sometidos a chantaje, han pagado y nosotros no lo sabemos?

Beryl volvió a guardar silencio. Las palabras de Thames tenían una lógica irrefutable.

Sí, dos personas habían sido asesinadas, mediante el procedimiento más diabólico que una mente humana podía haber imaginado, pero ¿cuántas más no habrían cedido a las presiones del chantajista?

* * *

Por la mañana del día siguiente, Thames estaba trabajando en su despacho cuando, inesperadamente, la secretaria le anunció la visita de un conocido.

Thames ordenó que el visitante pasara en el acto a su despacho.

—Me alegro de verle, Rex. ¿Quiere algo?

—Gracias, abogado, pero no hace mucho que he desayunado… Creo que tengo algo importante que decirle.

Rex Dwinson sacó cigarrillos y los dos hombres fumaron. En alguna ocasión, Thames había encargado trabajos a Dwinson, director de una importante agencia local de investigaciones privadas.

—He leído los periódicos —manifestó el detective, tras las primeras bocanadas de humo—. Como usted sabe muy bien, tanto en mi oficio como en el suyo, el secreto profesional lo es todo.

—Sí, Rex, de acuerdo.

—Pero hay algo que me preocupa. Fue un trabajo que me encargaron ya hace bastantes meses. Un tanto extraño, aunque, a decir verdad, no vi nada malo en ello. Mi cliente se llamaba, o dijo llamarse, Payne Grant. Solicitaba informes de numerosas personas que residen en Paddleton. Asunto confidencial, manifestó…, y esto sucede cuando alguien ha pedido un préstamo.

—Desde luego. ¿Qué más?

—Envié muchos informes, como digo. Una de las investigaciones se refería a la señora Minwick. Otra fue encargada respecto de Ida Kock.

Thames sintió un repentino interés por su visitante.

—Continúe, Rex —pidió.

—Bueno, eso es todo…, salvo la forma tan rara de solicitar los servicios de mi agencia. Debí entonces sospechar algo turbio… Puede que esto me cueste la licencia profesional…

—Si ayuda a la justicia, no le pasará nada, Rex.

—Eso espero, pero antes de hacer nada, he preferido venir a verle a usted. En los diarios se dice que era muy amigo de la señora Kock.

—Bien, sí, había una excelente amistad entre ambos. Precisamente yo la aconsejé que se hospedase en el Capitol… ¿Qué me cuenta de Grant? ¿Qué aspecto tiene?

—Eso es lo que no sé. Nunca le vi; sólo hablé con él por teléfono. Dijo que me enviaría regularmente el importe de mis servicios y, en efecto, así lo hizo. El dinero, en un sobre.

Thames aguzó el oído.

—¿Dinero? ¿No en un cheque?

—No, billetes, el más alto de cincuenta dólares…, y ya hace tiempo que fueron a parar a mi cuenta, aparte de los que gasté de inmediato. Al terminar el encargo, Grant pagó puntualmente la cuenta, y eso es todo hasta el día de hoy.

—Es decir, jamás le vio, aunque sí habló con él.

—Eso es.

—Pero los informes…

—Se los enviaba por correo a un apartado postal de Paddleton. Grant se limitaba simplemente a acusarme recibo por una llamada telefónica.

—Rex, ¿cuánto tiempo hace de la última llamada?

—Cuatro meses largos. Ya no he vuelto a saber de él… Como digo, nuestra relación terminó apenas le envié el último informe solicitado.

—Está bien. Voy a pedirle un favor. ¿Recuerda los nombres de las personas sobre las cuales informó a Grant?

Dwinson metió la mano en un bolsillo y sacó un papel, que

entregó al joven.

—Estaba seguro de que me lo pediría. Créame, Ricky, yo obré de absoluta buena fe… Usted mismo me ha encargado alguna vez informes sobre personas involucradas en algún pleito…

—No se preocupe, Rex —sonrió Thames—; estoy plenamente convencido de que obró de una forma totalmente honesta.

El detective se marchó. Thames leyó la lista, preguntándose si valdría la pena interrogar a alguna de las personas cuyos nombres figuraban en el papel.

Todos, sin excepción, eran gente adinerada. ¿Qué hechos había en su vida pasada que debían ser mantenidos en secreto, pero de los cuales se había enterado un chantajista sin escrúpulos?

Apenas había pasado un cuarto de hora, Beryl McOrrin entró en el despacho.

—Tengo una noticia para ti —dijo.

—¿De veras? —sonrió el abogado.

Beryl se sentó desenvueltamente en una esquina de la mesa. Thames fijó los ojos en la linda rodilla que asomaba por el borde de la falda.

—Sigo pensando que eres un sátiro —rió ella, sin sentirse incómoda—. ¿No me das un cigarrillo?

—¿Por qué no hablas de una vez? ¿O es que forma parte de tu táctica tener a la gente sobre ascuas?

Thames se había puesto en pie y encendió el cigarrillo que Beryl tenía en los labios. Soportó estoicamente el chorro de humo que le fue a la cara y luego volvió a sentarse.

—He hablado con Brareton —dijo Beryl.

—Y le has acusado de asesinato.

—Hombre, no soy tan torpe. Lo único que he hecho es darle un poco de coba… Cuánto trabaja usted, parece mentira que esté solo; un científico de su prestigio necesitaría un ayudante…

—Y te ha dado el puesto —adivinó él.

—Me lo ha ofrecido, aunque le he dicho que me lo pensaré. Realmente, no me disgustaría, aunque sigo adelante con mis proyectos, ya los conoces, Ricky.

—Sí, desde luego.

—Pero todavía hay más. El profesor se sintió en vena de confidencias y me dijo que, en efecto, había tenido un ayudante, el

cual se despidió hace casi un año. En realidad, sus trabajos estaban muy adelantados, por lo que no notó demasiado la falta. Pero siempre necesitará un colaborador…

—Beryl, ¿conoces, por casualidad, el nombre de ese ayudante?

—Peter Giff.

—¿Sabes si vive en la ciudad?

—El profesor Brareton me dijo que Giff se había ido a trabajar a una empresa en la costa del Pacífico, Los Ángeles o una ciudad de por allá, aunque no recordaba exactamente ni el nombre de la empresa, ni el de la población.

Thames elevó los brazos al cielo.

—Y luego, estos científicos se vuelven locos por ganar el Premio Nobel —clamó.

—Lo siento, eso ya no es culpa mía —dijo Beryl.

—Tampoco te acuso —respondió él—. Sólo hice un comentario… Pero ahora, tal como se están poniendo las cosas, esa falta de memoria del profesor puede resultarnos funesta.

—¿Acaso sospechas de Giff?

—Puede ser un sospechoso, ¿no te parece? De todos modos, si no te importa, me gustaría hablar personalmente otra vez con Brareton.

—Está bien, iré contigo.

—Aguarda un momento; quiero hacer una llamada telefónica.

Thames marcó un número y esperó unos instantes. No tardó en escuchar una voz conocida:

—Dwinson.

—Hola, soy Thames. Rex, quiero encargarle una gestión.

—Sí, abogado, lo que usted pida…

—En el número setecientos ochenta y cuatro de la calle Jefferson hay un local por alquilar que no hace mucho era una floristería denominada
Gardens & Houses.
Necesito que me investigue todo cuanto le sea posible acerca de la persona que estaba al frente de la floristería: nombre, edad, sexo, raza, domicilio… En fin, no necesito decirle más, Rex.

—Déjelo de mi cuenta, abogado. ¿Eso es todo?

—Por ahora, sí. Gracias, Rex.

Thames dejó el teléfono en su sitio y se volvió hacia la

muchacha.

—¿Lista, Beryl?

—Cuando quieras, Rick.

Capítulo VII

El coche ascendió por la pendiente de la colina, hasta alcanzar las inmediaciones de la residencia del profesor Brareton. De pronto, antes de llegar a la entrada, Thames paró el vehículo y cortó el contacto.

—¿Qué haces, Ricky? —preguntó ella, intrigada.

Thames se apeó.

—Ven conmigo —dijo—. Quiero ver una cosa…

Tenía en las manos un par de prismáticos 8×50, con lentes de gran nitidez. Dejando a su derecha la puerta de acceso al parque de Brareton, caminó a lo largo de la alta tapia de piedra que enmarcaba el recinto.

Unos cien metros más adelante, se detuvo, y Beryl, a su lado. En aquel punto, la pendiente de la colina era mucho más acentuada.

—Bien, ¿puede saberse para qué venimos aquí? —preguntó la muchacha.

Thames demoró la respuesta unos minutos, mientras que, con los prismáticos, recorría el panorama del suburbio residencial, situado a los pies de la colina. Algunas casas, sin embargo, estaban situadas ya en la ladera, pero eran las menos.

Abundaba el arbolado y también los arbustos de todas clases. Con los prismáticos, Thames estudió muy detenidamente la mayoría de las residencias, deteniéndose sobre todo en las que habían pertenecido a dos mujeres muertas de un modo horrible.

Beryl guardaba silencio a su lado. De repente, la muchacha observó un movimiento extraño en uno de los matorrales próximos.

Las hojas de otro arbusto se agitaron también. Súbitamente, Beryl sintió que se le ponía la carne de gallina.

—¡Ricky, mira!

Thames bajó los prismáticos. Vio las lianas que reptaban por el suelo y notó una sensación de intenso frío en la espalda.

Las ramas de algunos de los arbustos se alargaron también rápidamente. Decenas de tentáculos serpentearon en el suelo y también en el aire, buscando ávidamente una presa.

—¡Vamos, corre! —dijo Thames, a la vez que asía una de las manos de la muchacha.

De cuando en cuando, volvían la espalda. Los tentáculos vegetales, como seres inteligentes, habían detenido bruscamente su avance. Alguno, sin embargo, se agitaba con furia hacia lo alto. A Thames le recordó el airado gesto de una persona enfurecida al mover su brazo en un ademán irritado.

Alcanzaron el camino. De pronto, un tentáculo estalló en una ligera nubecilla de polvo grisáceo.

Minutos después, una racha de viento se llevó el polvo en que se habían convertido aquellos tentáculos y también algunos arbustos. Beryl, jadeante, sin aliento, apoyó ambas manos en la portezuela del coche.

—Ricky, he pasado un miedo terrible…

—A mí me ha sucedido lo mismo —confesó él—. Por un momento llegué a creer que esas horribles plantas iban a alcanzarnos. Se movían como seres inteligentes; nos buscaban a nosotros.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Ricky, ¿es de veras el profesor quien ha ideado este diabólico método de atemorizar a la gente, aprovechando para ello sus sensacionales descubrimientos?

—No lo sé, pero creo que sería conveniente tener de nuevo una conversación con él.

La verja que cerraba la tapia tenía las dos hojas abiertas. Thames pudo hacer pasar el coche sin dificultad.

—Realmente, si fuese culpable, ¿permitiría Brareton que la gente entrase sin dificultad en su jardín? —murmuró, cuando ya cortaba el contacto.

—Quizá lo hace para engañar a la gente, ¿no crees?

—Beryl, yo pensaba que tú confiabas en el profesor.

—Empiezo a dudar —respondió ella, con los labios juntos—. A la noche me miraré en el espejo. Seguro que encontraré algunas

canas en mi pelo.

Llamaron a la puerta. Wilson salió a abrir, con su cortesía de costumbre. Sin embargo, dijo que el profesor estaba ocupado en un experimento de muchísima importancia y que en aquellos momentos tenía prohibido interrumpirle bajo ningún pretexto.

—Bueno, quizá nos podamos arreglar entonces con usted, Wilson —dijo el joven.

—Si el señor me dice lo que desea…

—Queremos conocer datos de Peter Giff, el que fue ayudante del profesor —manifestó Beryl—. Usted debió conocerle, supongo.

—En efecto, señorita, y, con los debidos respetos, era un tipo bastante antipático, aunque muy eficiente en su labor, según oí repetidas veces, al profesor. Pero ya se despidió hace casi un año…

—¿Adónde se fue, Wilson?

—El señor Giff dijo que había encontrado un buen empleo en la Monterrey & Parsons
Chemical, de Monterrey, California.

Thames anotó los datos en una agenda.

—Muy bien, Wilson —dijo—. Por favor, ¿qué aspecto tenía el señor Giff?

—Bien, era más joven que yo…, unos treinta y seis años, un metro y setenta y cinco centímetros, pelo castaño, con ligeras entradas en las sienes…

—Un aspecto muy corriente —suspiró Thames.

—Si el señor me lo permite, así era; aunque su genio, con perdón, no tenía nada de corriente.

—¿Soltero?

—Nunca dijo que tuviese esposa, señor, ni jamás mencionó a su familia.

—Está bien, Wilson, muchas gracias. Salude al profesor en nuestro nombre.

El criado se inclinó ceremoniosamente.

—Así lo haré, señor. Señorita…

Thames y la muchacha regresaron al automóvil.

—Tendré que ponerme en contacto con esa empresa química de Monterrey —dijo él, muy pensativo.

—¿Qué pasaría si te dijeran que Giff está allí?

—Simplemente, tendríamos que descartarlo como sospechoso.

—Y nos quedaríamos con el profesor.

—Por mera eliminación, así sería, Beryl.

Ella se estremeció.

—¿Habrá querido matarnos con aquellas plantas que reptaban hacia nosotros? —murmuró.

Thames no dijo nada. Como Beryl, sentía escalofríos cada vez que recordaba el torrente de enredaderas y lianas que avanzaban hacia ellos, como una jauría vegetal, dispuesta a estrangularlos sin piedad.

Al día siguiente, se propuso, iniciaría sus primeras gestiones con algunos de los habitantes de Paddleton, acerca de los cuales Payne Grant había solicitado informes a un detective privado.

* * *

Al sonar el teléfono, Burl Feare alargó la mano y levantó el aparato.

—Señor Feare —dijo una voz de suaves tonos.

—Sí, en efecto.

—Ha destruido usted mi planta.

Feare se puso rígido.

—Lo admito —contestó, desafiador—. Yo mismo cavé hasta desarraigarla por completo. Luego la quemé y, además, puse un potente herbicida en el suelo. Allí no crecerá nada en muchos años.

—Eso que ha hecho no está bien.

—Oiga, le pagué ya cien mil dólares…

—Lo sé, y no le hubiera pedido más, pero solamente por haber destruido la planta, le cobraré otros cien mil. Pagaderos en la forma acostumbrada, por supuesto.

—¡Váyase al diablo!

Feare cortó la comunicación bruscamente. Por supuesto, no pensaba pagar. ¿Acaso se creía aquel tipo que era tonto?

—El dinero cuesta mucho de ganar —rezongó, mientras se ponía un cigarrillo en la boca.

La señora Feare se asomó al despacho.

—¿Tardarás mucho, querido? —preguntó—. La cena estará pronto…

—Diez minutos solamente, cariño —sonrió Feare—. Quiero terminar de repasar estas cuentas. Ten preparado un cóctel para

cuando salga.

—Sí, cariño.

Feare volvió a quedarse solo, enfrascado en el trabajo. De repente, sintió que le tocaban en el hombro.

Volvió la cabeza. Un sudor frío inundó su frente en el acto.

Espantado, se puso en pie y trató de escapar. Al segundo paso, un tentáculo vegetal se enroscó en su tobillo, haciéndole caer al suelo.

Otra liana se cerró alrededor de su cuello. Más tentáculos penetraron en incontenible marea vegetal por la ventana abierta. Feare intentaba gritar, pero no emitía otra cosa que roncos sonidos.

Las lianas se enroscaron implacablemente en torno a su cuerpo. Con las últimas nociones de su conocimiento, percibió los crujidos de sus costillas, que cedían a la presión inexorable de las cuerdas vegetales. Pero la que ceñía su cuello apretó de pronto con terrible brusquedad y todo se hizo negro para él.

La señora Feare entró al cabo de un cuarto de hora, dispuesta a regañar a su esposo por la tardanza. Vio el horrible cuadro, pegó unos cuantos chillidos, que hicieron estremecer las vidrieras, y acabó por caer redonda en la entrada del despacho.

* * *

—El tipo se llamaba Paul Gates —dijo Dwinson—. Pagó un año anticipado de alquiler y montó una tienda que parecía tener bastante éxito. Vendía flores, semillas, macetas, libros sobre jardinería, herramientas para el jardín… En fin, todas esas cosas que suelen encontrarse en las floristerías. El mismo dueño del edificio me ha dicho que más de una vez compró allí flores para su esposa. Gates era un sujeto encantador, muy amable, con el que daba gusto conversar.

—Y, de pronto, hace cuatro meses, cerró la tienda.

—Sí, sin previo aviso ni motivos que justificasen el cese en un negocio bastante próspero. El propietario se sintió muy extrañado, porque recibió la carta por correo, junto con la llave y una nota en la que Gates se disculpaba por su marcha tan repentina. Añadía cien dólares para gastos y le rogaba liquidase las existencias como mejor le pareciera.

—Una marcha muy rápida, Rex.

—Eso pienso yo, pero nadie ha vuelto a saber más de Gates —manifestó el detective.

—Por cierto, ¿qué aspecto tenía?

—Normal, menos de cuarenta años, pelo castaño, ojos de color marrón, raza blanca, un metro setenta y cinco… Ricky, tipos así me los encuentro por docenas a cada paso que doy por la calle.

—No habrá ninguna fotografía de Gates, supongo.

—No, no la hay, lo siento.

—Muy bien, Rex. Tengo que pedirle otro favor.

—Sí, lo que sea.

—Debe ir a Paddleton y enterarse en la oficina de Correos del nombre de la persona que tomó el apartado postal cuatrocientos diez. Puede que se nieguen a decírselo, pero usted conoce el procedimiento para averiguar cosas que están… prohibidas.

Dwinson soltó una risita.

—Déjelo en mi mano, Ricky —contestó.

Beryl entró en aquel momento. Vio que Thames estaba hablando por teléfono y se sentó silenciosamente en un ángulo de la mesa. Thames observó que la muchacha llevaba un diario en las manos.

—¿Algo más, Ricky? —consultó ni detective.

—Eso es todo, muchas gracias.

Thames depositó el teléfono en la horquilla y miró apenado a su hermosa visitante.

—Me decepcionas —dijo—. Te has puesto pantalones.

—A veces resultan cómodos —sonrió ella—. ¿Has leído, Ricky?

Beryl desplegó el periódico. Thames asintió pensativamente.

—Sí, lo leí al venir a la oficina —admitió.

—Horrible —comentó la muchacha.

—En efecto.

Thames sacó un papel de su bolsillo y consultó los nombres escritos en el mismo.

—Burl Feare está en la lista que me dio Dwinson —dijo.

—Si yo estuviera en tu lugar, iría a hablar con el jefe Maitler. Ahora no te dirá que estás loco, Ricky.

—Pensaba hacerlo —declaró Thames, a la vez que se ponía en pie—. Imagino que querrás venir conmigo.

—No te perdonaría que me dieses de lado —sonrió ella.

Más tarde, en el coche, Beryl añadió:

—Lo de Feare ha sido mucho peor. Al parecer, las lianas le rodearon el cuerpo por completo. Tiene fracturadas todas las costillas y hasta algunos huesos de brazos y piernas, aparte del estrangulamiento. ¿Por qué eso, Ricky? ¿No te parece que las enredaderas gigantes se ensañaron con él?

—A mí se me ha ocurrido una hipótesis —dijo Thames.

—Habla —pidió la muchacha.

—Feare fue sometido primero a un chantaje, y tal vez pagó; pero se negó a pagar la segunda vez.

—No es mala hipótesis —convino Beryl—. Lo difícil va a ser que nos lo confirme su viuda.

—¿Por qué?

—Está en un hospital, atiborrada de sedantes.

—Hay otra forma de averiguar lo del chantaje.

—¿Cuál, Ricky?

—Muy pronto lo sabrás —contestó el joven.

Capítulo VIII

Sam Maitler, jefe de policía de Paddleton, rió burlonamente cuando Thames le sugirió la teoría del chantaje.

—Amigo, usted no sabe lo que se dice —exclamó—. El señor Feare era uno de los miembros más respetados y honorables de nuestra comunidad. Le conocía desde hace años y, créame, no había nada vergonzoso en su vida.

—Pero tenía dinero —dijo Thames, impasible.

—Todas las personas que residen en Paddleton son gente de grandes medios de vida, excepto los empleados como yo, los de Correos, mecánicos, sirvientes…

—Ya, no siga; me imagino fácilmente quiénes tienen y quiénes no tienen dinero. Pero ¿se le ha ocurrido siquiera investigar las cuentas corrientes de la víctima? Eso podría darle indicios muy valiosos.

El jefe Maitler se sentía incómodo, evidentemente, apreció Thames.

—Tendré que pedir permiso a su viuda…

—¿Por qué? Usted tiene derecho a investigar, a indagar todas las posibles pistas que le conduzcan a la detención del asesino. Jefe, usted conoce bien cómo son los residentes de Paddleton. Ellos apreciarían mucho una labor positiva en la búsqueda del criminal, pero, igualmente, se sentirían muy defraudados con usted si fracasara.

Maitler se agitó en su asiento.

—Estoy haciendo todo lo que puedo —rezongó—. Salvo un par de agentes encargados del tráfico, los demás han sido asignados al caso.

—¿Cuál es su opinión, jefe?

—Estoy pendiente del informe definitivo del forense. Es obvio

que Feare murió estrangulado, pero también tiene fracturas en distintas partes del cuerpo… Uno de mis hombres dijo que parecía como si hubiese sido atacado por una boa gigante.

—Pero aquí no hay boas, ni siquiera un parque zoológico en la capital vecina. Ésa es una hipótesis que debe descartar sin más, jefe.

—¿He de admitir su teoría de las enredaderas asesinas? —Gruñó Maitler, visiblemente enojado.

—¿No han encontrado rastros de un polvo extraño, de color grisáceo y olor repugnante?

Maitler asintió.

—He tomado unas muestras para hacerlas analizar —contestó.

Thames señaló al teléfono.

—Llame al teniente Donaldson, de Homicidios; él tiene entre manos un caso semejante —indicó.

—Lo haré —prometió Maitler.

—Y no se olvide de investigar la cuenta corriente del difunto…

—Abogado, ¿cuál es su interés en este caso?

—La señora Kock y yo éramos excelentes amigos. La apreciaba muchísimo y me siento muy interesado por encontrar y capturar al criminal.

—Está bien, haré lo que pueda.

Thames se puso en pie.

—Jefe, necesitamos su permiso para visitar la residencia del difunto Feare —dijo.

—Vayan allí —contestó Maitler llanamente. Para Thames era evidente que aquel hosco policía se había humanizado considerablemente.

—Ha cambiado —comentó Beryl, una vez fuera de la oficina.

—No le quedaba otro remedio. Este caso es muy superior a su limitado intelecto. Maitler puede ser un hombre estupendo para guardar la tranquilidad de este suburbio, pero en otras cosas se sabe disminuido. Y después de un caso como el de Olga Minwick, sabe igualmente que no tiene otro remedio que aceptar todas las ayudas que se le ofrezcan.

—Bien, ahora sólo falta saber qué ha averiguado Dwinson en la oficina de Correos…

—Nos lo dirá a la tarde, seguro —manifestó Thames, mientras abría la portezuela del coche.

Beryl se sentó a su lado. De pronto, observó que Thames quedaba muy pensativo, con las dos manos sobre el volante, sin manifestar deseos de arrancar.

—¿Qué te pasa, Ricky?

—Estaba pensando en… La Monterrey me ha informado que no han contratado jamás a ningún químico o botánico llamado Peter Giff.

—Eso le convierte en un auténtico sospechoso, Ricky —dijo ella.

—Sí, pero hay más todavía. Tenemos a un tal Payne Grant, quien contrató los servicios de Dwinson…, y también tenemos a un tal Paul Gates, dueño del negocio de floristería, clausurado hará unos cuatro meses. ¿No te dice eso nada?

—Nombres distintos y, tal vez, una misma persona.

—«Es» la misma persona, Beryl. En los tres casos ha usado idénticas iniciales.

Ella lanzó una exclamación de sorpresa, pero luego hizo una pregunta enteramente lógica, dadas las circunstancias:

—Sí, es el mismo, pero ¿dónde está?

El coche rodaba ya en dirección a la residencia de Feare, adonde llegaron muy pocos minutos después. Un policía de uniforme quiso cerrarles el paso.

—Tengo permiso del jefe Maitler —dijo Thames, después de presentarse—. Compruébelo por la radio de su coche, se lo ruego.

El agente así lo hizo. Luego se volvió hacia la pareja.

—Pueden pasar —indicó.

—Gracias.

Había dos hombres más en la casa, a los cuales puso el vigilante de la puerta en antecedentes. Thames y Beryl pudieron recorrer así el interior del edificio, sin la menor traba.

Luego entraron en el despacho donde había muerto Feare.

Thames estudió la distribución de la pieza durante unos instantes. Después, se acercó a la mesa de trabajo y empezó a ojear los papeles que había sobre ella.

Eran simples notas de trabajo, relativas a los negocios del difunto. Thames abrió los cajones uno por uno. De pronto, se topó con un talonario de cheques.

Repasó las matrices. No tardó en encontrarse con una libranza de cien mil dólares.

—Beryl —llamó.

La muchacha acudió en el acto. Thames le enseñó el talonario.

—Cien mil… —suspiró ella—. Si yo los tuviera, la de cosas que iba a hacer.

—Alguien pensó lo mismo que tú —sonrió el joven—. Pero conociendo el Banco, podemos seguir la pista al cheque, aunque sea al portador.

—No es mala idea, Ricky.

Thames dejó el talonario en su sitio. El Banco en donde Feare había tenido aquella cuenta corriente era uno de los más importantes de la ciudad. Sería cosa de hablar con alguno de sus directores, se dijo.

Luego salieron al jardín. Beryl fue la encargada de buscar la raíz de la enredadera de Virginia. La cosa no resultó difícil.

—Me gustaría llevarme la raíz, con el bloque de tierra en que se encuentra, pero no dispongo ahora de herramientas…

—Llamaremos por radio al jefe Maitler. Él nos enviará alguien que nos ayude.

Maitler, en efecto, se mostró ansioso de cooperar. Una hora más tarde, Thames colocaba en el maletero de su coche una gran caja de cartón, que contenía un bloque de tierra de forma aproximadamente cúbica y de unos sesenta centímetros de lado.

—Voy a sudar cuando lo suba a tu casa —sonrió, al poner en marcha el automóvil.

Eran las cuatro de la tarde cuándo se separaba de la muchacha, después de haber dejado en su casa el cajón con la tierra y las raíces de la planta. Regresó a su despacho y la secretaria le anunció que Dwinson quería hablarle.

Momentos después, se ponía en comunicación con el detective.

—El tipo que alquiló el apartado postal cuatrocientos diez era de buena estatura, raza blanca, pelo oscuro y usaba gafas, bigote y perilla. Ropas, normales…

—¿Y el nombre?

Dwinson suspiró.

—Bill Johnson —contestó—. Todo un disfraz, Ricky.

—No hay duda, aunque en esta ocasión ha cambiado las iniciales del nombre. Sin duda se dio cuenta de que podía resultarle peligroso.

—También me he enterado de otra cosa. A veces iba una mujer a recoger la correspondencia. De ésa no se sabe el nombre, sino que es bastante guapa y con el pelo platino, de un color que ya apenas se usa.

—Entiendo. Gracias, Rex.

* * *

Beryl se había instalado un pequeño laboratorio en el apartamento que tenía alquilado. Junto con algunos aparatos e instrumentos que ya poseía, había algunos otros recién adquiridos. Se había puesto una bata blanca y estudiaba unas muestras a través del microscopio.

Su atención en el trabajo era total. Hallábase completamente distraída y ni siquiera percibía los ruidos de la calle, bastante atenuados, por otra parte, dada la altura del departamento, situado en la decimosegunda planta. Por ello no se dio cuenta de que alguien abría la puerta sigilosamente y que dejaba una maceta a la derecha de la entrada.

Beryl siguió enfrascada en su labor. Poco más tarde, una serpiente vegetal reptó a través de la sala y entró en el cuartito destinado accidentalmente a laboratorio.

De repente, Beryl pareció acometida por un presentimiento. Miró a su alrededor y trató de escuchar. Unos segundos después giró en redondo, y vio la enredadera moviéndose con siniestra lentitud.

Beryl creyó que se le paralizaba la respiración. La planta se acercó a ella y se irguió, como si fuese una serpiente auténtica. El trozo de liana que estaba en el aire se movía lentamente a ambos lados, dando la sensación de que, en cualquier momento, podía lanzar su mortífero ataque.

De repente, estalló el timbre del teléfono.

Beryl salió de la aterradora inmovilidad en que había caído y se lanzó hacia la salita. Era Thames, seguro; le pediría socorro…

La liana giró en redondo y se deslizó tras ella. Con ojos agónicos, Beryl levantó el aparato.

—¡Ricky! —chilló.

—No soy Ricky, señorita McOrrin —contestó una voz suave y melosa—. Sólo soy un buen amigo que desea advertirle de los

peligros que corre si insiste en proseguir por un camino equivocado.

—¿Quién es usted? —gritó la muchacha.

En aquel momento sintió que algo le tocaba en el hombro. Sin soltar el teléfono, Beryl volvió la cabeza y halló la liana apoyada en su hombro derecho, inmóvil por el momento, pero absolutamente viva.

—No tema —dijo el desconocido—. «Ahora» no le pasará nada, pero, si insiste, algún día una de mis plantas se le enroscará en su cuello y morirá.

Sonó un leve chasquido. Beryl entendió que la comunicación se había cortado y dio un salto hacia atrás.

La enredadera cayó al suelo. A los pocos minutos empezó a convertirse en polvo.

Entonces, las rodillas de Beryl se doblaron y rodó sobre la alfombra, perdido el conocimiento.

* * *

—No es una cosa fácil lo que me pide, señor Thames.

El abogado miró al hombre sentado tras una lujosa mesa de despacho. Irving K. Gardiner era vicepresidente del Commercial Trust, uno de los Bancos más acreditados.

—Señor Gardiner, cien mil dólares es una cifra que se hace notar —alegó Thames.

—Lo sé, lo sé, pero el que cobró ese dinero pudo hacerlo sin que nadie lo supiera.

—¿No recordaría el cajero a una persona que llevase cien mil dólares en efectivo?

—Indudablemente, pero es que, en este caso, el cobro no se realizó de esa manera tan sencilla.

—Bien, dígame cómo, por favor.

—Muy sencillo: el cheque original fue ingresado en una cuenta corriente cuyo titular pudo dar un nombre ficticio. Pero, por lo que yo sé, cada vez que esa persona ha necesitado dinero, o bien ha realizado otras operaciones, lo ha hecho por medio del correo.

—Eso está bien para transferencias, pero ¿qué me dice si algún día necesita dinero en efectivo?

—Parte de esos cien mil dólares han sido transferidos a otros Bancos. Por supuesto, y aunque ello nos está vedado por el secreto

bancario, yo puedo darle nombres y lugares, así como también los nombres de las distintas personas a las cuales se han hecho transferencias monetarias. Ahora dígame si no resulta sencillo ir a otro Banco y extender un cheque por cualquier cantidad, siempre que no agote la cuenta corriente previamente abierta. O enviar a otra persona a sacar ese dinero…

Thames asintió, desalentadamente.

—Es una forma muy sencilla de borrar los rastros —dijo.

—En efecto —convino Gardiner—. La cosa varía cuando se trata de clientes habituales, pero en el presente caso, nos encontramos golpeando el vacío o poco menos.

El joven emitió una sonrisa de circunstancias.

—De todos modos, mil gracias, señor Gardiner —se despidió.

—Ha sido un placer —contestó el aludido.

Thames salió a la calle y encendió un cigarrillo, diciéndose que iba a ser muy difícil dar con la pista de Peter Giff, quien no solamente habría variado de nombre, sino también de aspecto físico.

Pero ya no cabía la menor duda: Giff se había aprovechado de los conocimientos del profesor Brareton para urdir una trama criminal que le proporcionase sustanciosos dividendos, sin importarle recurrir al asesinato, en caso de sufrir algún contratiempo.

Tras unos instantes de detención, para encender el cigarrillo, continuó su marcha. De pronto, tropezó con alguien.

Ella lanzó un ligero gritito. Un par de paquetes rodaron por el suelo.

—Oh, cuánto lo siento —se disculpó Thames, mientras se inclinaba para recoger los paquetes—. Soy un torpe, señora…

—La torpe soy yo —dijo ella, sonriendo de un modo particularmente encantador—. Pensé que la calle era sólo mía.

Thames contemplo a la mujer, encontrándola sumamente atractiva. Tenía unos veintiocho años y el pelo negro enmarcaba un rostro de notable belleza. Vestía con elegante sencillez y sus ropas permitían adivinar una silueta escultural.

—Bien, si yo fuese el dueño de la ciudad, esta calle, por lo menos, sería efectivamente suya, señora —dijo Thames, galante, todavía con los paquetes en la mano—. ¿Tiene cerca su coche?

—Un poco más adelante, gracias.

—Si no le importa…

Ella hizo aletear sus espesas pestañas, a la vez que volvía a sonreír. Thames se situó a su lado y caminaron juntos un corto trecho. Los paquetes quedaron en el interior del automóvil.

La joven se volvió y le dio la mano.

—Ha sido usted muy amable, señor…

—Rickson J. Thames —se presentó él.

—Lizzy Renn. Adiós y mucho gusto, señor Thames.

—Encantado, señora Renn.

Lizzy entró en el coche. La falda subió bastante más arriba de las rodillas al sentarse.

Thames, experto, apreció que eran unas piernas preciosas.

Una mano de rojas uñas se agitó en señal de saludo. Thames sonrió.

—Esa dama me gusta un rato —murmuró para sí, momentáneamente olvidado de preocupaciones.

CAPÍTULO IX

Cuando llegó a su casa, Thames encontró a Beryl sentada en un sillón, con la mirada perdida en el vacío.

—¿Qué te pasa? —preguntó, alarmado.

—«Él» me ha amenazado —dijo Beryl, con voz opaca.

Thames parpadeó un instante. Luego, reaccionando, preparó dos copas.

—¿Lo has visto?

—No. Me habló por teléfono.

—Pero ¿cómo…?

El cuerpo de Beryl sufrió un fuerte estremecimiento.

—No lo sé —contestó—. Yo estaba trabajando, completamente abstraída, y de repente vi esa serpiente vegetal… Entró en el cuarto y me siguió… Era algo horrible, créeme…

Beryl relató con voz entrecortada lo que le había sucedido. Thames se mostró hondamente preocupado por el incidente.

—De modo que no quiso matarte; simplemente, se limitó a amenazarte —dijo, cuando ella hubo terminado.

—Sí, Ricky, eso es exactamente lo que sucedió.

—Pero ¿cómo pudo saber que tú…?

Thames se paseó nerviosamente por la estancia. De pronto, se detuvo y miró a la muchacha.

—Has dicho que la enredadera salía de una maceta que alguien dejó junto a la entrada de tu casa.

—Así fue, Ricky.

—¿Se te ha ocurrido preguntar quién trajo la maceta?

—El conserje dice que sólo vio a un tipo que llevaba un paquete en las manos. Era un hombre de aspecto corriente, con bigote casi rubio y gafas de estudiante. Preguntó por uno de los inquilinos, pero subió a mi departamento. Yo tenía la puerta abierta y él la

abrió sin ruido.

—Cometiste una imprudencia —dijo Thames—. Pero no volverá a suceder. Tienes que cambiar de domicilio, Beryl.

—Me costaría mucho… Tengo gran número de cosas, montones de libros, instrumentos, aparatos… Seré más prudente, te lo aseguro.

—En todo caso, lo que vas a hacer, y yo te ayudaré ahora mismo, será deshacerte de todo rastro de tierra y hasta de las muestras y raíces que te llevaste. No conserves una sola planta, ¿entendido?

Beryl emitió un hondo suspiro.

—Sí, es lo mejor. —Fijó la vista en el joven y se esforzó por sonreír—. Bueno, a fin de cuentas, ya sabemos más o menos lo que pasa.

—En cambio, desconocemos el paradero de Giff. Pero una cosa es segura: nos enfrentamos ante un hombre de una inteligencia diabólica. Sólo a él podría ocurrírsele chantajear a las personas amenazándolas con matarlas mediante sus enredaderas amaestradas.

—Tiene que estar en alguna parte relativamente cercana, Ricky. Las plantas no pueden ser inducidas a actuar desde lejos…

—¿Sabemos acaso si ha construido un aparato más potente que el que nos enseñó el profesor Brareton?

Beryl hizo un gesto de asentimiento.

—Podría ser —murmuró.

—Pero quizá eso sea su perdición.

—¿Por qué lo dices, Ricky?

—Es un método demasiado… «llamativo» —calificó él.

—Sí, es verdad. —Beryl se puso en pie—. Ya me encuentro mejor —confesó—. Pero, créeme, he pasado un miedo espantoso.

—No me extraña. ¿Vamos?

Al salir, ella volvió a mirarle.

—Ricky, quizá te estoy distrayendo de tus ocupaciones…

—Vamos, vamos, no te preocupes; el trabajo es algo que ahora, por fortuna, no me agobia precisamente.

Aquella misma tarde, Thames, después de cerciorarse de la seguridad de Beryl, viajó una vez a Paddleton. Hizo un par de visitas y acabó recalando en la residencia de Howard T. Rigglin.

El dueño de la casa le recibió en su despacho, con evidente displicencia. Thames, sin demasiados preámbulos, le preguntó si había sido objeto de algún chantaje.

—¿Tiene eso algún interés para usted, abogado? —preguntó Rigglin, fríamente.

—Más de lo que usted se figura. Yo conocía a la señora Minwick y vi cómo era atacada por una liana. Asimismo era buen amigo de Ida Kock. Ambas están muertas por un sujeto que, evidentemente, les pidió dinero.

—Nadie me ha pedido dinero, nadie me ha hecho objeto de chantaje —fue la altanera respuesta del dueño de la casa.

Pero detrás de aquellas aparentemente firmes palabras había inseguridad, adivinó Thames. Y tal vez miedo.

O Rigglin no tendría la frente cubierta de minúsculas gotitas de sudor.

—Está bien, si usted lo dice…

Thames se puso en pie.

—Lamento haberle molestado. Sírvase aceptar mis sinceras excusas —añadió.

—Váyase —gruñó Rigglin, mientras se enjugaba la frente con un pañuelo.

Thames volvió a sonreír. De pronto divisó algo a través del cercano ventanal.

—¡Qué enredadera tan bonita! —exclamó—. Es una verdadera joya del arte de la jardinería…, pero le sugiero que la haga arrancar de raíz y queme toda la planta, señor Rigglin.

El dueño de la casa tenía la boca abierta. Ni siquiera acertó a contestar nada a la recomendación de su visitante.

Instantes más tarde, Rigglin, furioso, tomaba un largo trago y se ponía un habano en la boca. Aspiró unas bocanadas de humo y empezó a preguntarse cómo podría librarse de aquel chantajista.

De repente, sonó el teléfono.

Rigglin miró el aparato como si fuese un instrumento del demonio. Pero, en vista de que el timbre seguía vibrando insistentemente, se acercó a la mesa y levantó el auricular.

—Hola, señor Rigglin —dijo una voz de suaves tonos—. Ha tenido una visita, ¿no es cierto?

—¿Le importa mucho? —bramó Rigglin.

—Más debe importarle a usted, amigo mío. El visitante, seguramente, le ha propuesto arrancar y quemar la enredadera de Virginia. No lo haga; podría resultarle funesto.

—Pero, oiga…

—Haga lo que le digo estrictamente. Y, por favor, ando algo escaso de dinero. Envíeme veinticinco mil dólares en la forma acostumbrada.

—¡No lo haré, se lo juro! —tronó Rigglin.

El desconocido se echó a reír.

—¿De veras? ¿Prefiere el escándalo? ¿O quizá le agrade más otra cosa? Mire hacia la ventana, por favor.

Rigglin obedeció maquinalmente. De pronto, sin poder evitarlo, dio un salto, a la vez que emitía un agudo chillido de pavor.

Delante de él, a pocos pasos de distancia, una serpiente vegetal se agitaba ominosamente. Rigglin contempló la liana con ojos morbosamente fascinados, como si la planta le hubiese hipnotizado.

—Envíeme veinticinco mil dólares —insistió la voz—. Ya conoce el procedimiento… Y hágalo antes de tres días o la próxima vez su pescuezo sufrirá un apretón nada agradable.

De pronto, la enredadera se retiró. Instantes después yacía en el suelo de la terraza, completamente inmóvil.

Rigglin colgó el teléfono. Por un instante, sintió unos deseos locos de saltar sobre aquel tallo y aplastarlo a taconazos, pero el miedo atenazaba su mente y no se atrevió a intentarlo.

Casi llorando, se sentó ante la mesa y empezó a llenar el cheque por la suma exigida.

* * *

El teléfono estalló súbitamente, distrayendo la atención de Thames. El joven emitió un bufido de disgusto, pero levantó el aparato y lo acercó a la oreja.

—Rickson Thames —dijo.

—¿Cómo está, amigo mío? —Sonó una voz femenina, de agradables entonaciones—. ¿Ya no se acuerda de mí?

—Pues… —A Thames la voz le resultaba vagamente conocida, aunque no lograba reconocer a su dueña.

—Hace dos días me tiró usted unos paquetes, no lejos de un importante Banco.

—¡Oh, señora Renn!

—La misma, amigo mío. ¿Puedo pedirle un favor?

—Por supuesto, estoy a su disposición, señora.

—Verá… No es por halagarle, pero me he enterado de sus méritos como abogado…

—Usted me sobrevalora, señora Renn.

—Llámeme Lizzy, por favor.

—No hay inconveniente, pero ¿qué dirá su marido?

Ella soltó una risita.

—No se preocupe de un ausente, en trámites de divorcio —contestó.

—Entonces, no me preocuparé, Lizzy. Dígame, ¿en qué puedo servirle?

—¿Por qué no viene a cenar conmigo y se lo explicaré más detalladamente? Se trata de un asunto legal y necesito su consejo.

—Iré encantado… ¿Adónde?

—Calle Braddish, setenta y uno, Paddleton.

—Oh, Paddleton —repitió él.

—¿Le extraña?

—No, no, en absoluto; es un lugar muy agradable.

—Y tranquilo —añadió Lizzy, con una risita maliciosa.

—Sí, eso tengo entendido.

—A las siete y media, señor… ¿Cuál es el nombre familiar?

—Ricky.

—Bien, sea puntual, Ricky.

Thames dejó el teléfono en su sitio y, durante unos segundos, se preguntó por los reales motivos de la invitación de Lizzy Renn.

Ciertamente, su nombre había sonado algo en los últimos días. Tal vez ella había leído los periódicos…, o quizá fuese propensa a determinado género de aventuras. De lo que no había la menor duda era de que se trataba de una mujer realmente atractiva.

Galante, Thames se hizo preceder por un gran ramo de flores. A las siete y media en punto, Lizzy, deslumbrante de belleza, abrió la puerta de su residencia.

—Me gustan los hombres puntuales —dijo, a la vez que le tendía una mano, rematada en unas uñas de color rojo oscuro.

Thames la contempló unos instantes. Ella vestía un traje largo, negro, sin mangas, con un espectacular escote en V, cuyo vértice

inferior llegaba más abajo de la cintura. Por la espalda, supuso, no habría un centímetro de tela.

—¿Quién no sería puntual, debiendo atender a una invitación semejante? —contestó.

Lizzy rió argentinamente y le hizo pasar a un saloncito íntimo, donde ya estaba puesta la mesa.

—Encargué la cena a un restaurante especializado —declaró—. Soy una pésima cocinera, por lo que no quise arriesgarme a destrozarle el paladar.

—¿Debo contestarle que, guisadas por usted, yo comería piedras?

Ella volvió a reír y le entregó una copa.

—Es una cena fría —dijo.

Thames levantó su copa.

—Por usted, Lizzy, y para que se le resuelva satisfactoriamente su problema legal —brindó.

—Usted lo conseguirá, Ricky.

La cena resultó muy agradable. Lizzy era una amena conversadora y sus preguntas y respuestas eran rápidas y chispeantes. Al terminar, ella le indicó el salón.

—Voy a preparar el café y los licores —anunció.

Thames encendió un cigarrillo una vez estuvo en el salón que, como casi todos los que había visto en aquellas residencias de lujo, era enorme, con un gran ventanal como pared. Al otro lado vio un jardín muy bien cuidado.

Lizzy vino poco después, empujando un carrito. Tomaron café y Thames probó un excelente *brandy*. La velada estaba resultando muy agradable, pensó él.

De pronto, Lizzy se sentó a su lado en el diván.

—Por cierto —dijo—, aún no hemos hablado de mi problema…

—Estoy dispuesto —manifestó Thames.

—Pero yo pienso que, en realidad, no corre gran prisa. Podemos charlar de otros temas más interesantes.

—¿Por ejemplo…?

Lizzy le miraba intensamente. Thames percibió el leve calorcillo que emanaba de aquel cuerpo bien formado y el aroma que lo envolvía como un aura sensual.

—Adivínalo —le desafió ella.

Thames sonrió y pasó un brazo en torno a la espalda de Lizzy. Ella, de súbito, se colgó de su cuello y buscó los labios de su invitado.

CAPÍTULO X

De pronto, Thames despertó, presa de un vago presentimiento.

La estancia se hallaba a oscuras. No obstante, entraba algo de luz por la cercana ventana abierta.

Miró a su izquierda. Lizzy ya no estaba a su lado.

Se había quedado dormido, no cabía duda. Ella debía andar por el baño…

De pronto, notó un leve roce en uno de los tobillos.

Alzó la cabeza. Una cosa oscura, cilíndrica, reptaba hacia él, enroscándose como una serpiente en su pierna derecha.

El sudor inundó su frente. Movió la pierna, pero la serpiente resistió el tirón.

Otra cuerda subió y pasó por encima de su cintura. Thames la arrojó a lo lejos de un manotazo. Luego saltó al suelo, pero, de pronto, la liana que tenía enroscada en la pierna tiró de él y le hizo caer de bruces.

En un instante recordó la horrible muerte de Burl Feare. ¿Iba a sucederle a él lo mismo?

Tardíamente se dio cuenta de que Lizzy Renn le había conducido a una trampa mortal. Se había portado como un chiquillo…

Forcejeó con la segunda de las lianas, que buscaba su cintura. Haciendo, un terrible esfuerzo, consiguió ponerse en pie.

Una tercera serpiente avanzó hacia él, oscilando espantosamente en el aire. Quería llegar a la cocina, a alguna parte donde encontrase un arma cortante, pero las enredaderas gigantizadas se lo impidieron.

De pronto, sintió un terrible tirón y cayó de espaldas. Una liana buscó su cuello. Agarrándola con ambas manos, se esforzó por partirla en dos, sin conseguirlo.

Otra serpiente vegetal se enroscó en torno a su muslo izquierdo.

Thames se sentía desesperado, dándose cuenta de que su derrota era cuestión de minutos.

De pronto, con un supremo esfuerzo, consiguió ponerse en pie. Todavía había una solución…

Fue una idea más bien instintiva. Alargó el brazo derecho y consiguió atrapar el encendedor que había dejado en la mesilla de noche, junto con un paquete de cigarrillos.

Las cortinas ondeaban ligeramente al impulso de una suave brisa que penetraba por la ventana abierta. Thames estiró el otro brazo y pegó un seco tirón.

Un largo trozo de liviano tejido quedó en sus manos. Soportando estoicamente el incesante ataque de las lianas, prendió fuego a la tela.

Una fuerte llamarada se produjo en el acto. Thames dejó caer el tejido ardiente al suelo, sobre el conjunto de lianas que entraban por la ventana. Sintió el calor de las llamas y se cubrió la cara con las manos.

La presión de los tentáculos vegetales cesó casi en el acto. Percibió un insufrible hedor y, al atreverse a abrir los ojos, vio que las lianas yacían flácidamente en el suelo, perdida su elasticidad original, chamuscadas y hasta convertidas en polvo algunas de ellas.

Se deshizo de los últimos restos de vegetales que aún tenía adheridos a distintas regiones del cuerpo. Luego buscó el interruptor de la luz.

—¡Lizzy! —llamó.

Nadie le contestó. Thames empezó a sospechar la verdad.

Las enredaderas se convertían rápidamente en polvo. Salió de la casa, dio la vuelta y buscó el tronco de la enredadera.

Allí estaba en efecto, pero ¿de qué le serviría arrancarlo y llevárselo como muestra?

Había caído incautamente en la más vieja trampa tendida al hombre. Solamente al oír el nombre de Paddleton en labios de Lizzy debiera haber sospechado algo, pero había actuado con una absoluta ingenuidad, con la total inocencia de un adolescente. Había visto una hermosa mujer y no se le había ocurrido pensar siquiera qué había tras el bello rostro y el cuerpo escultórico.

Amargamente, dejó la casa, subió al coche y emprendió el regreso a su propio departamento, cuando todavía las primeras

luces del alba no se insinuaban siquiera en el horizonte.

* * *

Beryl le miró, entre burlona y compasiva, después de que él hubo relatado la espantosa experiencia sufrida la noche pasada.

—Caíste como un crío de pocos años —dijo ella—. Ricky, ¿cómo no se te ocurrió pensar…?

—Bueno, Lizzy, si es que de veras se llama así, me invitó a cenar. No tenía por qué rechazar la invitación. Además, era un posible cliente.

—Estuvo a punto de ser el último —dijo Beryl, zumbonamente.

—Beryl, no se puede ir por el mundo sospechando de todas las personas. Sí, debiera haber recelado…, pero no se me ocurrió en absoluto. Si ahora a ti un residente de Paddleton te llamase para que le dieras tu opinión sobre alguna planta de su jardín o sobre la forma mejor de arreglarlo y luego resultase ser el asesino…, pensarías también que habías caído en una trampa, me parece.

—Eso sí es cierto —convino la muchacha—. ¿Se te ocurrió registrar la villa?

—Un poco, aunque no demasiado. Sin duda, Lizzy se fue, aprovechando que yo dormía como un tronco. Créeme, todavía me duraba el miedo. Estuve a punto de morir como Feare.

—Hubiera sido horrible, Ricky. Pero ¿cómo se te ocurrió lo del fuego?

—No lo sé Acaso era porque no tenía otro medio de defensa a mi alcance. Las enredaderas no me permitían moverme demasiado, y, por supuesto, ni hablar siquiera de llegar a la cocina y alcanzar un cuchillo. Simplemente, se me ocurrió probar y dio resultado.

—No cabe duda, fue una magnífica idea. Pero también tuviste suerte al encontrar unas cortinas de muselina…

—Debían ser de nylon, un tejido de estos modernos que imitan perfectamente a los antiguos. Hay también otras cortinas más gruesas, que sólo se utilizan cuando no se quiere dejar pasar la luz. Pero la ventana tenía que estar abierta para que las enredaderas pudieran entrar en el dormitorio.

—El fuego —repitió ella, pensativamente.

—¿Tienes alguna hipótesis?

—Sólo una, y me parece que es la única acertada, Ricky.

—Bien, habla, Beryl.

—Cuando una de esas enredaderas es gigantizada, seguramente por una dosis excesiva del abono especial del profesor Brareton, su metabolismo se acelera increíblemente Crece con enorme rapidez, pero, al mismo tiempo, consume una enorme cantidad de energía. Ricky, tú sabes que la energía es calor.

—Sí, lo sé.

—Por eso, poco después de su ataque, que suele coincidir con el momento de máximo desarrollo, la planta se convierte en polvo. A fin de cuentas, se ha quemado. Pero tú, con la cortina ardiente, aceleraste todavía más ese proceso y pudiste librarte de sus tentáculos.

—Eso significa que ya sabemos la forma de combatir a una enredadera gigante —dijo él.

—Sí, siempre que el fuego coincida, como digo, con el momento de desarrollo máximo.

—Cuando ataca.

—En efecto, Ricky.

Thames se acarició la mandíbula.

—Beryl, pudimos ver al profesor Brareton influir sobre una planta con imágenes que la hacían reaccionar de distintas formas; amistosamente o con miedo. Pero ¿no puede suceder que Giff la haga actuar por odio?

—Tal vez.

—¿Cómo lo haría?

—No lo sé. Quizá ha encontrado las imágenes precisas para infundirle esos sentimientos. La planta está quieta hasta que percibe las ondas del aparato y entonces ataca.

—Ondas sonoras que no se oyen e imágenes luminosas que no se ven.

—Exactamente. Pero yo me imagino que Giff ha encontrado la longitud de onda, en ambos casos, adecuada al odio. Es decir, longitud de onda sonora, superior a las veinte mil vibraciones por segundo, que es el máximo que puede captar el oído humano, y longitud de onda luminosa superior a los siete mil angstroms. Por encima de esta cifra se producen los rayos ultravioletas, invisibles ya para el ojo del hombre.

—Y, posiblemente, se necesitará un aparato de mucha mayor

potencia que el que nos enseñó Brareton.

—Es casi seguro, Ricky.

—Bueno, si Giff quería ganar dinero, y no cabe duda de que lo ha conseguido, tuvo que construir un cacharro muy potente. Pero ¿dónde está?

Antes de que la muchacha pudiera decir algo, llamaron a la puerta.

* * *

Thames se levantó para abrir. Dwinson, el detective, apareció en el umbral.

—Suponía que le encontraría aquí. He llamado a su despacho y la secretaria me dijo que hoy no pensaba acudir —manifestó.

—Entre, Rex —invitó el joven—. ¿Conoce a Beryl McOrrin?

—¿Cómo está, señorita?

Beryl saludó con una ligera inclinación de cabeza. Thames preparó una copa para el visitante.

—¿Y bien, Rex?

—Vengo de Paddleton. Hay allí un agente de bienes raíces que administra muchos de los inmuebles. El setenta y uno de la calle Braddish pertenece a un tal Horatio M. Ralston, temporalmente ausente del país. Es diplomático o algo por el estilo.

—Sí, continúe.

—Bueno, el caso es que Ralston encargó al agente que sacara algún provecho de la residencia. Alguien vino y la alquiló por seis meses, pagando dos por adelantado.

—¿Quién era, Rex?

—Una mujer, cuyas señas coinciden con las que, en alguna ocasión, ha ido al apartado postal cuatrocientos diez.

—Rubia, etcétera…

—Sí. Dijo que se llamaba Jenny Anderson, firmó el contrato, pagó… y eso es todo.

—Si es rubia auténtica, contigo usó peluca, Ricky —terció Beryl.

—Quizá se puso la peluca solamente para visitar al agente de fincas o para ir a la oficina de Correos.

—Es lo más probable —convino el detective.

—Rex, el trabajo que nos espera no va a ser fácil. Tarde o temprano, alguien irá al apartado cuatrocientos diez…

—Lo dudo mucho, Ricky —dijo el detective.

—¿Por qué?

—El jefe de la oficina de Correos recibió una carta cancelando el contrato. La llave de la caja iba en la carta.

—¡Hemos perdido la pista de Giff! —exclamó Beryl.

—Se siente acosado y ha debido juzgar conveniente esfumarse por algún tiempo —opinó Dwinson.

—También es muy probable que, en vista de las circunstancias, haya juzgado necesario modificar su plan de operaciones. Ahora habrá elegido otra oficina de Correos y, naturalmente, un nuevo apartado.

—Incluso con otro nombre que el de Bill Johnson —añadió la muchacha.

—Sin embargo, podríamos conseguir otra pista…

Thames hablaba con expresión abstraída, como si estuviera solo. Beryl y Dwinson le miraron interesados.

—Hay un lazo común entre los chantajeados —añadió el joven, pasados algunos segundos—. Todos ellos compraron simientes de enredadera gigante en Gardens & Houses. Luego, alguien les envió por correo una lata con abono especial.

—Eso es cierto —admitió Dwinson—, pero no conseguiremos nada.

—¿Por qué? —preguntó Thames.

—Hablé con el dueño del local. Ya le dije que Paul Gates le había encargado de liquidar el negocio como fuera. Gates no dejó absolutamente un trozo de papel que no estuviera en blanco, y esto significa que si tenía libros de cuentas y agendas con direcciones de clientes, se las llevó consigo.

—Bueno, hay otra forma de conseguir lo que deseamos.

—¿Cuál es, Ricky? —preguntó la muchacha.

—Hablaré con el jefe Maitler. Él puede hacerlo y, estoy seguro, lo hará. Todos los que poseen una residencia en Paddleton son gente de dinero. Simplemente, los agentes de Maitler recorrerán los jardines para encontrar enredaderas gigantes…

—Ese plan puede tropezar con inconvenientes —apuntó el detective.

—¿Por ejemplo?

—Los ciudadanos de Paddleton no son distintos de los demás, incluso yo diría que son peores, pero hay un lazo común en todos ellos: a ninguno le gustaría un escándalo. Esa investigación podría producir uno de enormes dimensiones.

—Rex, ¿cree usted que ellos prefieren que las muertes de Olga, Ida y Feare se pasen por alto, antes que verse envueltos en una publicidad enojosa?

—¿Por qué ha conseguido dinero el chantajista, si no es basado en esos mismos motivos?

Thames se mordió los labios. Dwinson empleaba unos argumentos irrefutables.

La entrevista con Rigglin era una confirmación a las palabras del detective. Rigglin tenía mucho que ocultar y prefería pagar antes que se descubriesen sus faltas.

—Rex, la cosa es un poco seria —dijo, tras unos momentos de reflexión—. ¿Qué informes consiguió de Rigglin?

—Negocios turbios en una inmobiliaria, la Flatterbury
Work & Building.
Es una empresa que también se dedica a las obras públicas y ha conseguido valiosos contratos de diversos municipios. También ha hecho muchas trampas.

—Y el chantajista lo sabe.

—Si se provocase el escándalo, habría una investigación a fondo. Rigglin quedaría arruinado, incluso podría acabar en la cárcel.

—Por tanto, prefiere pagar.

—Lógico, ¿no?

—Lógico, pero también inmoral. —Thames consultó su reloj—. Creo que todavía tengo tiempo —añadió.

—¿Adónde vas? —preguntó Beryl.

—Quiero hablar de nuevo con Rigglin. Esta vez le apretaré las clavijas.

Thames se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir, se volvió.

—Beryl, suponemos que Giff controla a las plantas de las cuales se vale para intimidar a sus víctimas. ¿Crees que él se enteraría si alguien cortase la enredadera?

—Es muy posible, sobre todo al hacer funcionar el aparato de control y no obtener la respuesta en el detector de sensaciones de las plantas. Eso le diría que no hay recepción de estímulos, y… no

olvides, además, que si todo lo que suponemos es cierto, el aparato de Giff ha de tener una potencia infinitamente superior a la que tienen los construidos por el profesor.

Thames sonrió.

—Eso es todo lo que quería saber —contestó—. Volveré lo antes que pueda.

La puerta se cerró. Beryl meneó la cabeza.

—Me siento preocupada —confesó.

—Ricky es hombre que sabe cuidar de sí mismo, señorita —dijo el detective.

—Ayer no lo demostró, precisamente —respondió Beryl, malhumorada, además de preocupada.

CAPÍTULO XI

Desde el ventanal del despacho, Thames contempló el bien cuidado jardín de la residencia de Rigglin. Un poco más allá, entre los árboles, se veía una especie de construcción semicilíndrica, casi completamente transparente.

En realidad era un gran cobertizo de plástico, sostenido en parte por aros de metal y en parte por una presión atmosférica ligeramente superior a la normal. Bajo el cobertizo se divisaba una piscina de grandes dimensiones.

Una mujer se lanzó al agua desde un trampolín. Thames meneó la cabeza. Los Rigglin, se dijo, sabían vivir bien. Poseer una piscina climatizada no era un lujo al alcance de todos los mortales, ni siquiera de los que poseían también jardín con piscina. Más que la instalación protectora en sí, la climatización del agua, aparte de la bomba de aire que mantenía la presión constante bajo el cobertizo de plástico, debían de haberle costado a Rigglin un ojo de la cara.

Un poco más allá, un sujeto, con peto y sombrero de paja, cuidaba las plantas del jardín. Al cabo de unos momentos, los ojos de Thames fueron a la enredadera gigante que crecía en el borde de la terraza, justo donde comenzaba el jardín.

De pronto, se abrió la puerta del despacho.

—Me han dicho que quería verme —exclamó Rigglin.

Thames se volvió.

—Siento molestarle, pero no tengo otro remedio —manifestó.

Rigglin volvía de la ciudad en aquel momento. Su maletín de ejecutivo voló por los aires para caer en un sillón.

—No dispongo de mucho tiempo —dijo, secamente—. ¿Qué novedades trae ahora?

—Realmente, ninguna. Más bien diría que vengo a buscarlas —sonrió el joven.

Rigglin estaba poniendo *whisky* en un vaso.

—¿Quiere? —invitó, displicente.

—No, gracias. Solamente quería saber si han vuelto a pedirle más dinero, a cambio de un silencio absoluto acerca de lo ocurrido en la
P. W. & B.

La cara de Rigglin griseó.

—Mis negocios son absolutamente lícitos —gruñó.

—Ése es un tema que no me gustaría discutir. Lo que a mí me interesa, en realidad, es el chantaje que le están haciendo. ¿Han vuelto a pedirle más dinero? —insistió Thames.

Se oyó una sorda maldición.

—Usted es abogado, creo —dijo Rigglin.

—Sí.

—Escuche, podríamos arreglarnos…

—Han muerto tres personas, una de las cuales, la señora Kock, era amiga muy estimada. Me interesa encontrar al hombre que la asesinó.

—Yo no puedo darle ninguna pista, señor Thames.

—Conteste a mis preguntas y yo decidiré si me dan o no una buena pista —dijo el joven.

Rigglin apuró su vaso de un trago.

—Sí, me hacen chantaje —admitió por fin.

—¿Cuánto le pidieron la primera vez?

—Cincuenta mil.

—Y pagó.

—No me quedaba otro remedio —masculló el dueño de la casa.

—¿Le amenazaren con la enredadera?

—Sí. Oiga, usted no puede darse una idea… Es algo horrible, créame. Si hubiera sentido lo que yo sentí…

—Lo sé por propia experiencia —sonrió Thames.

—¿Cómo? ¿También a usted? —se asombró Rigglin.

—También; pero dejemos esto aparte. Estoy seguro de que el chantajista le ha prohibido cortar la enredadera.

—Dijo que lo sabría muy pronto y que entonces me mataría irremisiblemente. Abogado, con toda sinceridad, tengo miedo.

—Tal vez yo pueda librarle de esas preocupaciones, si usted colabora, claro.

—Un escándalo sería mi ruina…

—Posiblemente, aunque siempre conservaría la vida. Pero también se pueden hacer las cosas sin escándalo.

A Thames le repugnaba hablar de esta forma, pero no le quedaba otro remedio, si quería que Rigglin se mostrase con ánimo de cooperar.

—Bien, si realmente quiere ayudarme… —dijo el dueño de la casa—. Oiga, aquel tipo me amenazó con matarme si divulgaba…

—Usted no me lo ha dicho; lo he averiguado yo. ¿Cómo llegó a su poder la simiente de enredadera?

—Bueno…, sucedió hace algunos meses… Mi esposa recibió un folleto anunciador de la apertura de una nueva floristería. Un día pasó por la tienda y entró, acordándose del folleto. El dueño la atendió con gran amabilidad y le sugirió sembrar enredaderas, aparte de otros consejos sobre plantas. Mi esposa aceptó…

—Y a los pocos días recibió una lata con abono especial.

—Sí, justamente.

—Señor Rigglin, dígame, aproximadamente, cuánto tiempo hace que sembraron la planta.

—Oh, seis, siete meses…, no puedo recordarlo con exactitud. El jardín no es cosa que me preocupe de un modo especial. Me gusta por lo decorativo que resulta, pero nunca me he cuidado de las plantas.

—Sí, creo que entiendo. De modo que su esposa fue cliente de Gardens & Houses.

—En efecto —Rigglin bajó la voz—. Señor Thames, usted no sabe cómo me gustaría cortar esa maldita enredadera.

—Es probable que lo consiga dentro de muy poco. Y ahora yo, para agradecerle sus informes, le daré un buen consejo. Si ve que la planta intenta atacarle, haga luego. Telas ligeras, periódicos, papeles… algo que arda con mucha rapidez, simplemente con arrimarle una cerilla. ¿Me ha comprendido?

Rigglin abrió los ojos desmesuradamente.

—De modo que el fuego…

—He tenido ocasión de comprobarlo personalmente. ¿Recuerda cómo murió Feare?

—No quiero ni pensar en ello —se estremeció el dueño de la casa.

—A mí pudo pasarme algo por el estilo. Suerte que arranqué unas cortinas de tela muy ligera y les prendí fuego. Las llamas quemaron la enredadera casi instantáneamente.

Rigglin sonrió.

—Si me ataca, la quemaré —contestó—. ¿Qué más puedo hacer en su obsequio, señor Thames?

—Nada, excepto…

El joven calló de pronto. A través de la ventana, podía ver al jardinero lavándose las manos en una de las tomas de agua de las usadas para conectar una manguera y regar así las distintas plantas.

—Oiga, veo que tiene Usted empleado un jardinero —exclamó de pronto.

—Oh, es un empleado eventual. Bueno, viene una vez por semana, como va a muchas otras casas de la vecindad. Es un hombre muy competente y, sobre todo, discreto.

Ida le había dicho algo parecido, recordó Thames, aunque ella no había mencionado nunca el nombre del jardinero.

—Señor Rigglin, ¿sabe si ese hombre atendía también los jardines de Minwick y de Feare?

—Creo que sí, aunque, si le parece, se lo preguntaremos…

Thames extendió una mano.

—No, déjelo, no hace falta —contestó—. Dígame solamente su nombre, si es que lo conocía.

—Por supuesto. Se llama Patrick Gandon, aunque nosotros le llamamos Paddy. Es irlandés…

Gandon, con la chaqueta bajo el brazo, se dirigía hacia la salida en aquellos instantes.

—Muchas gracias, señor Rigglin —dijo Thames—. Es todo cuanto quería saber.

Inmediatamente, abandonó el despacho, seguido por Rigglin, quien no comprendía la extraña actitud del joven. Thames atravesó el gran salón de la casa y entreabrió la puerta.

Gandon salía en aquellos momentos. Thames le vio subir a un automóvil de modesta apariencia y arrancar segundos después.

—Señor Rigglin, ¿sabe dónde vive Paddy?

—No, nunca me he preocupado…

—Es igual, yo lo averiguaré.

Mientras corría hacia la salida, Thames se apostrofó a sí mismo,

maldiciéndose por no haber sabido ver lo que estaba tan claro.

Peter Giff, Payne Grant, Paul Gates, Paddy Gandon… El jardinero que cuidaba únicamente las plantas y las flores de las personas adineradas y que, merced a su oficio, podía espiar impunemente las casas a cuyos dueños hacía objeto de extorsión o, simplemente, les pedía dinero porque lo poseían en cantidad.

El coche del jardinero se perdía a lo lejos. Thames, sin embargo, consiguió situarse a la suficiente distancia para poder seguir a Gandon, sin ser advertido.

* * *

El automóvil se metió por una vereda situada a media ladera de la colina, en un lugar particularmente boscoso. Thames detuvo su vehículo en la curva inmediata, se apeó y caminó unos cuantos pasos.

Alcanzó la entrada de la vereda. El coche no se veía desde aquel lugar. De pronto, le pareció oír ruido de otro automóvil entre los árboles.

Prudente, saltó al otro lado de unos arbustos. A los pocos momentos, vio un automóvil último modelo, bien distinto del que Gandon había usado hasta entonces.

El coche salió al camino y viró hacia arriba, dirigiéndose a lo alto de la colina. Pero no llegó a la cumbre, sino que, unos cien metros más adelante, giró a la izquierda y se metió por otro camino.

Thames decidió seguir a pie. Poco después, alcanzaba el camino lateral.

Al fondo, entre los árboles, divisó una bonita residencia campestre. La casa del profesor quedaba a unos trescientos metros de distancia y sesenta o setenta más alta. Thames reconoció inmediatamente el lugar.

—¿Cómo no se me ocurrió entonces…? —musitó.

Días antes, por encima de aquella casa, él y Beryl habían sido atacados por una colección de plantas enfurecidas. Ahora ya no le cabía la menor duda es que había dado con el escondite de Giff.

La actitud del antiguo ayudante de Brareton resultaba enteramente lógica. Tenía que haberse quedado en la vecindad de sus expoliadores… y el disfraz de jardinero era el mejor que podía haber encontrado, no sólo por su competencia en la materia, sino

porque, de este modo, podía vigilar a sus víctimas.

También se había cuidado de las enredaderas gigantizadas.

Ahora encontraba extraña una frase que había pronunciado Ida Kock y que entonces no le llamó la atención:

«Dijo que era un caso muy notable…, pero no pareció concederle demasiado interés…».

«¿Qué jardinero profesional no se habría sentido interesado por mía enredadera gigante?», pensó.

Lentamente, paso a paso, se acercó a la casa, en la que, debido al crepúsculo, se habían encendido ya algunas luces.

Minutos después, estaba en las inmediaciones del edificio. A través de mía ventana pudo divisar el conocido rostro de Lizzy Renn.

De pronto, sintió en la espalda el contacto de un objeto duro. Una voz irónica dijo:

—Le estaba esperando, abogado Thames. ¿Quiere entrar en mi casa?

CAPÍTULO XII

Lizzy Renn se puso en pie al ver a Thames, seguido de Giff, quien apoyaba firmemente su pistola contra la espalda del abogado. Lizzy palideció intensamente, aunque para Thames era claro que hacía notables esfuerzos por mantener la serenidad.

—Hola, preciosa —saludó el joven.

Lizzy no contestó. Giff empujó a su prisionero con la mano izquierda.

—Siéntese allí —ordenó.

Thames obedeció. El sillón estaba situado junto a una de las ventanas. Desde su sitio podía divisar gran parte de las luces de Paddleton.

—Un buen escondite, Peter Giff —dijo.

—No se imaginó que podría tenerme tan cerca, ¿verdad?

—A veces, las cosas sencillas son las más difíciles de descubrir. Pero también sucede que no se me ocurrió pensar en un jardinero que no concedía importancia a una enredadera gigante.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Giff.

—Me lo dijo Ida Kock. Usted la asesinó. Le haré pagar por esa muerte —contestó Thames.

—Abogado, usted no está en condiciones de amenazar. Después de esta noche, nadie se acordará de usted.

—Piensa eliminarme, Giff.

—Es demasiado peligroso para nosotros. ¿No es cierto, Lizzy?

La joven asintió.

—Lo siento, Ricky —murmuró.

—¿Su esposa, Peter?

—Ése es un dato que no tiene importancia ahora —respondió Giff displicentemente.

—Creo que tiene razón, Peter, ¿resultó interesante el aprendizaje

con el profesor Brareton?

—Mucho. Ciertamente, ya sabía yo algo acerca de la sensibilidad de las plantas, pero junto al profesor completé mis conocimientos.

—Y construyó aparatos mucho más potentes, por medio de los cuales podía, a gran distancia, influir sentimientos de odio a unos vegetales, hechos crecer rápidamente con el abono especial.

—Exacto. Paddleton queda a mis pies —sonrió irónico Giff—. Aparte de lo que yo averiguaba como jardinero, esta casa me permitía observar las de la mayoría de mis víctimas.

—Y telefoneaba desde aquí…

—Teléfono, telescopio con infrarrojos, para visión nocturna… y el guía de sentimientos —así lo llamo yo—, al lado. Resultaba fácil, entonces, amedrentar a la víctima.

—Y le pagaban.

—Nunca he tenido queja… bueno, hubo tres casos, usted sabe… No tuve otro remedio que cumplir mis promesas.

—Ya. Pero ¿cuántos más han pagado?

Giff se echó a reír.

—Sería una lista interminable —contestó—. Créame, Paddleton está podrido. Con tal de evitar el escándalo, la gente es capaz de pagar lo que se le pida.

—Peter, ¿dónde tiene sus aparatos?

—Arriba, en una habitación que me permite dominar la inmensa mayoría de las residencias de Paddleton.

—Como jardinero podía llevarse los restos de las plantas destruidas.

—Así es, Thames.

—¿Nos vio a Beryl y a mí, cuando estábamos junto a la tapia del jardín del profesor?

—Sí. Fue, si lo quiere llamar de éste modo, un presentimiento. Les vi entrar y entonces regué copiosamente las plantas situadas en las inmediaciones de la tapia. He mejorado considerablemente ese abono y obtengo resultados espectaculares.

—No me cabe la menor duda. Peter, mientras tuvo la floristería, se dedicó a estudiar a sus posibles víctimas, ¿no es cierto?

—Era la mejor tapadera. Además, tenía que completar los aparatos y ensayarlos… Era un plan que podía rendir enormes beneficios y, en efecto, así ha sido.

—Pero le pagaban en cheques. Eso siempre deja rastro.

—Aunque parezca mentira, habría resultado mucho más sospechoso exigir billetes. A un cheque se le puede hacer perder la pista, mediante sucesivas transferencias a diversas cuentas, con distintos nombres, por supuesto.

—Lo cual exige documentaciones falsas, pelucas, bigotes, perillas postizas…

—Y, ¿qué se cree que hice durante el tiempo que mantuve abierta la floristería?

—Comprendo, aunque pienso que es curioso que nadie me hubiera hablado de Lizzy.

—Ella estuvo siempre aquí, vigilando y aprendiendo también el manejo de los instrumentos, aparte de ayudarme en su construcción.

—Hace años trabajé como operaria en una fábrica de componentes electrónicos —dijo Lizzy.

—Sí, eso ayuda a entender mejor las cosas. Pero, Peter, usted tenía la manía de usar siempre nombres con las mismas iniciales.

—No siempre. A veces me hacía llamar Bill Johnson.

—Es verdad —reconoció el joven—. Peter, ¿cómo piensa liquidarme?

Giff movió la pistola.

—Levántese —ordenó.

Thames obedeció. Giff le hizo caminar hasta una habitación situada al otro lado de la casa. Lizzy abrió la puerta.

Había alguien en la habitación y se volvió al oír el ruido de la cerradura.

—¡Ricky! —exclamó Beryl.

* * *

Detrás del asombrado Thames, sonó una risita:

—Ella cayó en la trampa, cuando alguien le dijo que usted la aguardaba aquí.

—Dijeron también que estabas con el jefe Maitler… —murmuró la joven, avergonzada.

—No te preocupes, saldremos de ésta —aseguró Thames.

—Lo dudo mucho —rió Giff—. Créanme, nadie sabe que están aquí; los coches de ambos desaparecerán y jamás encontrarán sus

cuerpos… sobre todo, después de que las enredaderas gigantes que hay al otro lado de ese muro hayan acabado con los dos.

—Giff, tarde o temprano darán con usted —dijo Thames.

—Lizzy y yo nos iremos muy pronto, lejos de aquí. Tenemos dinero en abundancia, suficiente para vivir una larga temporada sin problemas. Cuando se nos acabe…

Giff volvió a reír siniestramente. De pronto, dio un salto atrás y cerró la puerta.

Thames y Beryl quedaron solos. Los ojos de Thames fueron hacia el diminuto hueco que había en la pared opuesta a la entrada. Era un ventanuco que no medía más de veinticinco centímetros de lado, insuficiente para permitirles la escapatoria.

La puerta era muy recia y no tenía cerradura en su interior.

—Es evidente que Giff lo tenía planeado desde hacía tiempo —dijo él.

—Ricky, ¿qué va a pasar? —preguntó la muchacha, angustiada.

Thames alzó una mano.

—Me pregunto quién tenía a Giff tan bien informado de todos nuestros pasos —dijo—. Aunque es muy posible que algún detective privado de la ciudad, se haya encargado de mantenerle constantemente al corriente de cuanto hacíamos.

—¿Dwinson?

—No, Giff no es tan tonto como para hacerle un nuevo encargo. Habrá utilizado a otro, empleando, por supuesto, los mismos procedimientos.

—Pero ese detective le habrá telefoneado…

—Al revés, Giff sería quien usara el teléfono. Le habrá pagado por correo, como hizo con Dwinson, de modo que el detective no sabe absolutamente nada más de su cliente.

De pronto, Thames miró a la muchacha.

—Lo siento, Beryl, pero tendrás que quedarte con un mínimo de prendas —dijo—. Dame las que llevas debajo del vestido.

—¡Ricky! —protestó ella, encarnada hasta la raíz del pelo.

—Preciosa, déjate de remilgos y empieza tu *strip-tease* —insistió él, a la vez que lanzaba la chaqueta a un lado.

Acto seguido, empezó a quitarse la camisa. Algo apareció oscilando por el hueco en el mismo instante.

Beryl lanzó un gritito de susto y se quitó el vestido con toda

rapidez. Debajo llevaba una combinación de tejido muy fino.

—Rásgala en dos o tres tiras —ordenó Thames.

Ella obedeció. Thames había partido su camisa en varios trozos y, con el mechero encendido, prendió fuego a uno de ellos. Cuando la tela ardió, la arrojó al hueco.

La enredadera retrocedió en el acto. Pero otra asomó a los pocos momentos.

Thames lanzó un segundo trapo ardiendo.

—Espero que no se nos acabe la ropa antes de tiempo —murmuró.

Más trozos de camisa y de combinación volaron en llamas por el ventanuco. La amenaza quedó contenida, por el momento.

—Pero ¿hasta cuándo, Ricky? —preguntó Beryl, llena de pesimismo.

* * *

En la habitación superior, Peter Giff hacía funcionar sus aparatos, estudiando detenidamente las menores indicaciones de los instrumentos. Lizzy, a su lado, le contemplaba con gran atención, aunque sintiéndose sumamente aprensiva.

—Peter, ¿era necesario? —preguntó.

—Sí —respondió él, ceñudo.

—Tienes una pistola… ¿Por qué no has terminado con ellos sin hacerlos padecer?

—Me horroriza la sangre, nena.

Lizzy cerró los ojos un instante.

—Esto no puede acabar bien —murmuró.

Giff lanzó una risita.

—¡Mira! —exclamó—. El sentimiento de odio está a punto de alcanzar una cuota paroxísmica. Las lianas atacan ya.

Lizzy se sintió espeluznada.

—Peter, por favor…

Giff la empujó a un lado.

—Cállate —dijo, colérico—. Ese maldito abogado nos estorba. ¿Prefieres ir a la cárcel por el resto de tus días? ¿Es qué no te das cuenta de que el cómplice de un asesinato puede sufrir la misma pena que el autor?

Ella guardó silencio. Las palabras de Giff describían una

perspectiva harto desagradable. Estaba metida en el asunto hasta el cuello y no tenía otro remedio que seguir adelante.

—Además —añadid Giff—, es cuestión ya de pocos minutos.

La ventana de la habitación estaba abierta, para permitir el paso de las ondas emitidas por los aparatos. Sin embargo, la luz había sido apagada.

La puerta estaba igualmente abierta. De espaldas a ella, ninguno de los dos se dio cuenta de la serpiente vegetal que entraba arrastrándose silenciosamente por el suelo de la habitación.

Otra serpiente penetró, casi paralela a la primera. Luego entraron más, tres, cuatro, cinco…

De súbito, Lizzy lanzó un terrible chillido.

Giff se volvió. Una liana acometió con el salvajismo de una fiera y se enroscó en torno a su cuello. Perdió el equilibrio y rodó por el suelo.

Lizzy se revolcaba, como una posesa, gritando horriblemente. Giff trató de alcanzar sus aparatos, para desconectar la corriente, pero las lianas le envolvían ya, como espesos ovillos de cuerda verdosa, y le impedían prácticamente todos los movimientos.

Mientras sentía en su cuello una presión mortal, Giff se preguntó qué habría fallado en sus aparatos. Murió sin saberlo.

A su lado, Lizzy se agitaba convulsivamente. A los pocos momentos, se quedó quieta.

En el piso inferior, Beryl oyó los chillidos y se tapó los oídos.

—Ricky, ¿qué te pasa? —preguntó, estremecida de terror.

Thames no contestó. Tenía la vista fija en el hueco, por el que ya no entraban más lianas. A pesar de todo, seguía prevenido, con un trozo de camisa en una mano y el encendedor en la otra.

* * *

La puerta se abrió de repente, al cabo de una media hora. Beryl, avergonzada por su semidesnudez, se ocultó tras el joven.

El jefe Maitler, seguido de un par de agentes, les contempló con asombro.

—De modo que fueron ustedes —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Thames.

—Alguien vio llamas y nos avisó. Hemos venido a investigar, pero no hemos encontrado rastros de incendio. Sin embargo, hemos

hallado otra cosa.

—¿Qué es, jefe?

Maitler hizo un gesto con la cabeza.

—Arriba, en una habitación con machos aparatos, muy raros —dijo.

El policía se estremeció.

—Es algo espeluznante —añadió.

Beryl empezó a ponerse el vestido. Thames se encaminó hacia la puerta.

—¿Puedo subir, jefe? —consultó.

—Cuidado con su estómago —avisó Maitler.

Thames asintió. A los pocos momentos, descendió a la planta baja.

—No cabe la menor duda —dijo—. Fueron muertos por las ramas de la enredadera gigante sembrada en la parte posterior de la casa.

—Pero… tenían que haber ardido —exclamó Beryl.

—Sin duda, no habían alcanzado su punto máximo de desarrollo. Las llamas la obligaron a retroceder, pero el emisor seguía lanzando ondas de odio. En consecuencia, buscaron una presa.

Y la encontraron.

—Encontraron dos, Beryl.

Ella sintió un escalofrío.

—Debió de ser una muerte horrible —murmuró.

—No te quepa la menor duda. Jefe, si le parece bien, iremos mañana a su oficina —propuso Thames.

—No hay objeción —accedió Maitler.

—Le daré un consejo: haga venir al profesor Brareton. Él le explicará mejor que nadie lo que ha sucedido aquí.

—Sí, le llamaré.

Thames y Beryl salieron al aire puro y fresco de la noche. Thames se apoderó de la mano de la muchacha.

—¿Continúas con tu idea de obtener el diploma de botánico? —preguntó.

—¿Por qué no? Las plantas son amables… cuando se las trata como es debido —respondió ella—. A mí nunca se me ocurriría crear una planta asesina, Ricky.

—Eso está muy bien, preciosa. Ah, tengo que decirte una cosa.
—¿Si?
—A partir de ahora, dejaré las aventuras.
Beryl sonrió, maliciosa.
—¿Ya no tienes ganas de seguir con tus conquistas? —preguntó.
El brazo masculino ciñó una esbelta cintura.
—Sólo quiero conquistarte a ti —respondió Thames.

FIN